

P E P I T A S D E O R O

De la misma autora:

"Los Cuentos de Tía Nonó"

"Los Cuentos de Tío Arlos"

"Cachitos de Verdad"

Yvonne Lora

sec. Inf
L. 1.80
R. C. 2
64

M. L. SMITH DE LOTTERMOSER

PEPITAS DE ORO

PROLOGO DE ROBERTO F. GIUSTI

Sección Infantil

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

EDITOR
CARLOS S. LOTTERMOSER

RIVADAVIA 851
BUENOS AIRES

120x16

Prólogo

HACE unos quince años fui invitado a visitar una escuelita de barrio en una calle apartada de Barracas: Puentecito. Pronto me hice amigo de la escuela, porque su ambiente era acogedor y cordial. Instalada en una humilde casa de vecindad —un patio, una sala y cuatro aulas que el buen gusto de la directora había adornado con plantas y cuadritos de motivos graciosos— sólo la anunciaba la bandera desplegada sobre su azotea baja. Aunque dependiente del Consejo Nacional de Educación, no tenía escudo; sin embargo, los chicos del barrio la conocían muy bien. Cuando llegamos, los alumnos estaban en el recreo y coreaban una linda canción; en el estrecho zaguán unos cuantos chiquillos descalzos y desarrapados, con las narices pegadas a los vidrios de la puerta que abría sobre el patio, miraban jugar y cantar a sus compañeros con respetuosa curiosidad, y acaso, ¡pobrecitos!, con su poquito de envidia. ¡Era tan chica la escuelita que todos no cabían!

La directora me preguntó si el alboroto me fastidiaba. ¡Qué había de fastidiarme el canto jovial de los niños! Lo escuchaba y no lo reconocía. Ella me explicó: “Es un canto alemán; la letra la ponemos nosotros. He adaptado varias canciones populares europeas”. Eran leves cancioncillas juguetonas y vivaces, en cuya letra y música sonreía la primavera, con olor de campos, murmullo de arroyos, gorjeo de nidos, luces de oro solar y de plata lunar, y danzas de elfos y ondinas. Eran canciones

nórdicas, inglesas la mayoría, con que la directora, adaptándolas a nuestra lengua, suplía la falta de cosas equivalentes en nuestros cantos escolares, falta a la cual, afortunadamente, en los años corridos desde entonces se ha empezado a poner remedio por algunos músicos y maestros poetas, acudiendo aquéllos al folklore argentino.

En medio de los grupos infantiles que así cantaban la alegría de vivir, en medio de todas esas caritas que nos miraban entre temerosas y confiadas, olvidé el triste barrio que habíamos atravesado, polvoriento y sin árboles, abrasado por el sol, oliente a puerto y a mercado, con sus calles sin aseo, sus muros desconchados, sus legiones de chiquillos harapientos y sucios en el fango y los charcos verdosos.

Las tardes de los jueves esos mismos niños eran reunidos para escuchar la lectura de cuentos que la directora generalmente traducía de revistas inglesas. Leí algunos y me llamó fuertemente la atención su contenido ideológico y afectivo, dentro de su sencillez. Buena mano es la que tales cuentos escoge, pensé.

Era la mano de la autora de estas "Pepitas de Oro", que a su gentil y grato pedido hoy prologo. Un día —alejada ya de las tareas escolares y recogida en su hogar— comprendió que los cuentos podría escribirlos ella, originales, sacándolos de su propia experiencia y su propio corazón. Era un modo de vivir todavía por sus niños queridos y junto a ellos. ¿Y qué se necesita para ganar a estos lectores? Compenetrarse con sus almitas por la comprensión y el amor, virtudes ambas que la señora Leonor Smith de Lottermoser, la menos pedagoga de las maestras que pueda pedirse, posee en altísimo grado. Y lo ha conseguido, incorporándose con cuatro libros al número de los pocos que aquí cultivan la literatura novelesca para el niño, campo apenas trabajado por los escritores profesionales. Justo es recordar entre éstos a Alvaro Yunque. Pero los cuentos de

la señora de Lottermoser son de otro carácter y destinados a niños más pequeños que los posibles lectores de las humanas y punzantes narraciones de Yunque.

Literatura que hay que estimular en nuestro país. Otras naciones la tienen riquísima y famosa; nosotros debemos aun formárnosla. Porque hasta ayer, cuando habíamos agotado las historias eternas de Perrault, Andersen, los hermanos Grimm y pocos más cuentistas universales, no nos quedaba otro recurso que acudir a la librería española, la cual si nos ofrece un copioso caudal de cuentos infantiles, traducidos, adaptados u originales, no siempre conviene a nuestros niños, a quienes desconcierta y aburre hablándoles de cosas que pocas veces son las de su limitada experiencia, y en un lenguaje purista y afectado que no es el de esta tierra.

La señora de Lottermoser sabe escribir para los niños, porque, como se ha visto, los conoce y los ama. En sus dos primeros libros, "Los cuentos de tía Nonó" y "Los cuentos de tío Arios", se mezclaban realidad y ficción; el mundo de la libre fantasía, del ensueño y el milagro se tocaba con el de las cosas familiares a los pequeños lectores. Estas han ido dominando en el tercer libro, "Cachitos de verdad", y en el presente, "Pepitas de oro". Los cuentos de este último son todos en sustancia verdaderos, fundados en casos reales observados por la autora, según ella me asegura, y lo creo. Escritos con sencillez, desbrozados de toda empalagosa pedantería moralizante, constituyen lecciones cordiales de bondad, rectitud, abnegación y altruismo. Es la realidad cotidiana idealizada por una mujer que se complace, volcando en sus creaciones su instinto maternal, en vestir como lindas muñequitas a las heroínas de sus cuentos, todas de floridos y musicales nombres poéticos: Mariadelinda, Siempreviva, Clavelina, Alba Rosa, Maricelia, Berenguela, Alelí; o, cuando escoge a los chicos, en ponerles el sombrero de través y embadurnarles la cara picarescamente. No es propia-

mente un mundo fantástico el que crea la autora; pero sí el de los sueños infantiles. El mundo, sin duda, como lo sueñan o se lo figuran los niños buenos, o que se proponen ser buenos, lo que a ratos perdidos les ocurre a casi todos. En él reinan la generosidad, la justicia, el compañerismo; todos son uno para los demás; y si la envidia o la soberbia salpican alguna almita, es para que luzca luego más limpia y resplandeciente. ¡Ay! ciertamente el mundo no es así, y los hombres, y aun los niños, son comúnmente más egoístas sino más malos; pero ¿por qué no hacerles ver a los pequeños la vida de color de rosa? Ya tendrán tiempo de conocer el reverso gris o sombrío.

Una maternal piedad hacia los niños desheredados, enfermos y tristes, que se convierte a veces en honda ternura, late, en los cuentos de este libro, el cual bien se ve que ha sido escrito por quien fué maestra y directora en la ya recordada escuela del arrabal, hogar entonces hospitalario y protector de muchos pilluelos desamparados en aquella cansada barriada obrera. Pero tampoco es extraño a él, lo mismo que a los anteriores, el "humour", cierta fina sonrisa con que la autora va subrayando las pequeñas ridiculeces que muestran ciertas figuras y actitudes humanas, tanto más visibles para los niños cuanto más solemnes y presumidas.

Pero yo soy un pésimo crítico para este género de literatura, pues mi cabeza avisa que hace ya muchos años que he perdido la frescura de las impresiones de la infancia. Verdad que la autora no escribe para nosotros. Son los pequeños quienes deben juzgarla. Ahora bien, conozco las impresiones de algunos de estos lectores y puedo pronosticar que la acogida que tendrán estas "Pepitas de Oro", cuando el libro sea abierto en las próximas vacaciones por aquellos a quienes está destinado, será digna del cariñoso desvelo con que ha sido concebido y compuesto.

ROBERTO F. GIUSTI

La plantita de helecho

ENTRE plantas, láminas y buenas alumnas, el salón de clase de la señorita Lola era uno de los más alegres de la escuela a que asistía Siempreviva —canillita porteña— quien, junto al umbral de un café, ayudaba a su mamá en la venta de diarios y revistas.

En el salón de clase, sus manitas manejaban una regadera diminuta que desplegaba chorritos de agua; y éstos, al agitar y humedecer las hojas de las plantitas que poblaban las ventanas, esparcían un fresco delicioso en derredor.

Una mañana del mes de abril, la señorita Lola dejó a sus alumnas durante la hora de lectura, recomendándoles el mayor silencio; pero ahí estaba Mariádelinda, bulliciosa y bonita, quien como cotorra soñolienta despertó al instante, concluyendo por alborotar a sus tranquilas compañeras.

Unos minutos habían corrido, cuando ya Mariádelinda se hallaba al frente y agitando sus bracitos, decía:

—Adivine, adivinadora,
la adivinanza de ahora.

.....

Con el ojo descubierto
pinchada o echada estoy.

Mas con el ojo cubierto
pinchando y corriendo voy.

—¡La aguja! ¡la aguja! —exclamó una de sus discípulas.

—Tú la sabías, picarona. Pues bien, voy a decirles una muy difícil.

Cuanto más corre, más dice.
Y cuánto más dice, más corre.

—Nunca la adivinaremos —replicó la rubia del primer banco—. ¡Por qué no nos ayudas?

—Voy a encaminarlas... —agregó Mariadelinda, tomando algo muy pequeño del escritorio de la señorita Lola.

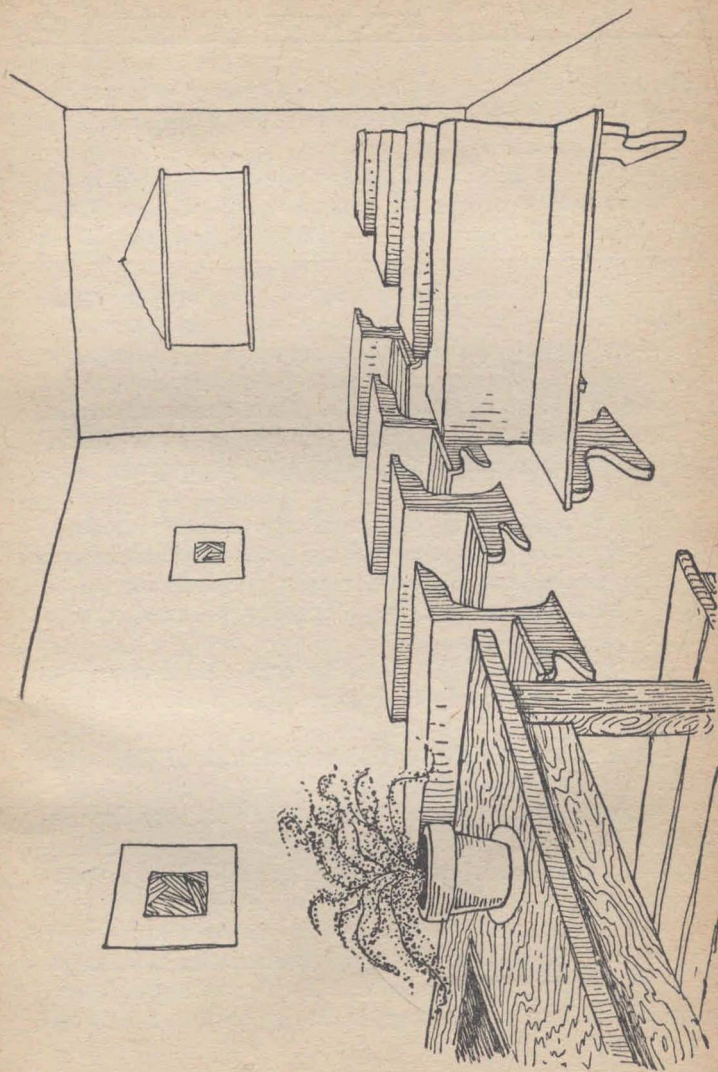
—¡La pluma! ¡La pluma! —repitieron varias de sus compañeras.

En eso estaban, cuando tres o cuatro chiquillas más inquietas que las mismas abejas frente a una madre-selva en flor, se adelantaron para garabatear los pizarrones. Las veinticinco alumnas, ya en medio del mayor desorden, no pensaron prestar atención a las adivinanzas de Mariadelinda.

Al notar que la plantita de helecho delicado que adornaba el escritorio corría peligro, Siempreviva se acercó para protegerla. En el preciso momento que extendía sus brazos generosos, una voz sobre las demás exclamó:

—¡La señorita! ¡La señorita Lola!

Ligeras como ratas, las que estaban de pie trataron de ganar sus respectivos asientos, pero con tan mala suerte que llevaron por delante a su compañera Mariadelinda, quien a su vez cayó sobre Siempreviva y



ésta, sobre el esponjoso helecho. Útiles y macetas rodaron por el suelo justamente cuando la señorita Lola entraba al salón.

—¿Te has hecho daño, Mariádelinda? ¡Cuánto me apenaría que sufrieras un rasguño! ¿Y tú, Siempreviva? ¿Por qué palideces? —preguntó con cariño la maestra.

—No, señorita... no es nada... no importa el golpe... no... —respondieron ambas con cierto temor.

—Me alegro que la caída haya sido con suerte. Siento por el helecho indefenso; indefenso porque no ha podido evitar el atropello al encontrarse enterrado, sin medios para pedir auxilio. ¡Pobrecito! ¡Tan juicioso! Ha caído sin una queja. ¡Valiente y generosa plantita!

Las veinticinco alumnas callaron avergonzadas al oír las palabras de la señorita Lola, quien continuó con la clase de lectura sin hablar más del asunto.

Al salir de la escuela, Siempreviva se atrevió a decir:

—¡Qué lástima! La plantita que cuidábamos con tanto fervor ha pagado el desorden... ¿verdad, Mariádelinda?

—¿A mí te diriges? ¿Quieres culparme? Si fuiste tú... tú... adefesio ambulante...

—No sé lo que dices, Mariádelinda... eso de adefesio y de ambulante... ¿qué significa?

—Por cierto... quiero decirte: ridícula... vagabunda. ¿Cómo puedes pretender hablar como yo?

—Pero, Mariádelinda... yo no te he ofendido. Si pretendo hablar como tú, nada te extrañe. ¿Acaso no nos prepara la misma maestra? Yo sé que ando de acá para allá... yo sé que soy fea... ¿por qué me lo re-

cuerdas? Mi intención fué salvar el helecho, no estropearlo.

Siempreviva no terminó, porque Mariádelinda con su mucama y un grupo de niñas se alejaron sonriendo, sin alcanzar a escucharla.

Por la tarde, la mamá de Siempreviva, alarmada por el moretón descomunal que asomaba en la frente de su hijita a consecuencia del golpe, le vendó fuertemente la cabeza.

Al anoecer, se acercó, como de costumbre, uno de los clientes a elegir los diarios; sus ojos no pudieron menos que notar la venda que sujetaba los cabellos de la niña y acercándose le preguntó:

—¿Qué pasa, amiguita? ¿No sabes que soy médico? ¿Podría ayudarte en algo?

—Gracias, doctor. Lo que más me duele... no es la cabeza... es algo que me causa pena, deseos de llorar, ¿será el corazón? Estoy triste porque una compañerita me ha insultado creyendo que destrocé intencionadamente la plantita de helecho que adornaba el escritorio... la plantita que yo hubiese querido salvar.

—No te preocupes. Puedes reponer el helecho comprando otro en la feria. Aquí tienes un par de pesos, no te aflijas; si fuese la cabeza, no tendría repuesto, ¿verdad? Ríe, canta y acuéstate contenta.

—¡Qué bueno es usted!... ¡Ya lo creo que la compraré! ¡Qué suerte! Buenas tardes, doctor.

Esa noche, al sentarse a la mesa, el médico preguntó a su hijita Mariádelinda.

—¿Qué tal, querida? ¿Algo nuevo?

—¡Ah, papá! ¡Una atrocidad! Figúrate que hoy casi me llevan al hospital. Me empujaron, me caí sobre el escritorio, se rompió la planta y... me sostuve nada

menos que de la trenza de una chica antigualla; una trenza que parece un llamador... gruesa, doblada... la pobre canillita cayó de bruces por querer salvar un helecho desgraciado.

—¿Qué dices, Mariádelinda? ¿Es cierto lo que cuentas? He oído el mismo relato por boca de otra niña, en forma afectuosa... ¡Tan dolorida me habló, que me presté a calmar su pena! Tú debes haber sido la compañera de quien me refirió algo muy desagradable: has insultado a la simpática morocha que ayuda a su madre en el trabajo...

—¿La conoces, papá?

—Sí... y lamento que sea más bondadosa que tú... Es una nena cariñosa, a quien verás mañana radiante, al restituir la plantita perdida que tú no has pensado en reemplazar. Imítala y me dejarás contento.

María Adelinda quedó avergonzada sin atreverse a levantar la vista. Y en efecto, al día siguiente la señorita Lola descubrió una planta nueva y coqueta sobre el escritorio. Cuando sus alumnos se hallaron en clase, la maestra dijo:

—¿Quién ha sido la gentil portadora de este helecho tan bonito?

—Siempreviva debe ser —respondió Mariádelinda, de pie.

—¿Es cierto? Y... ¿por qué te has molestado? Es un ejemplar costoso y no me agrada que mis alumnas exijan a sus padres más de lo necesario. ¿Lo tenías o lo has adquirido con permiso de tu mamá?

Siempreviva se dirigió entonces hacia la maestra, en medio del silencio de sus compañeras.

—Lo he comprado, señorita Lola. Lo he adquirido en la feria por orden de un caballero generoso quien,



Siempre viva, canillita porteño...

al retirar los diarios, supo que me dolía más la pérdida de la plantita que mi cabeza vendada. Yo no he ocasionado gasto alguno a mi madre; el mismo señor me entregó unos pesos para que con ellos diese a su escritorio el brillo que siempre ha tenido, para reparar el desorden que ayer promoví.

—¡Qué bien hablas, Siempreviva! Si así llegas a expresarte en tus composiciones, serás mi mejor alumna en castellano.

—Pues yo creía que hablaba muy mal. Algunas veces me dicen palabras raras y después descubro que son muy feas en boca de una niña; leo muchísimo, leo y leo: no es extraño que algunas frases sean las de mis lecturas...

—¡Eres un portento, Siempreviva! Levanta tu carita y fija en mí tus ojos brillantes en los que deseo mirarme como en espejos claros. Las niñas que hablan con palabras feas... quiero decir, que hacen daño... esas niñas que no dicen la verdad, que bajan los párpados o miran con fuerza como si quisieran comernos, esas niñas deben corregirse, sus ojos semejan espejos turbios, y sus lenguas... lastiman. Yo quisiera que todas mis alumnas fuesen como Siempreviva, a quien no le cuesta decir lo que ha pensado y lo que ha hecho, sin herir... sin suponer que otras hayan sido las del desorden.

Al oír esto, Mariádelinda enrojeció de vergüenza recordando las palabras con que había despreciado a su compañera el día anterior y, sin saber cómo, se halló junto al escritorio de la maestra, animándose a decir:

—He sido muy mala. El señor generoso fué mi papá. Anoche le referí lo ocurrido en clase, y me dijo que hoy vería en la escuela a la alumna que reemplaza-

zaría la plantita. He sufrido mucho porque papá ha descubierto que hay niñas más buenas que yo. La verdad... es que tan sólo yo... yo fuí la culpable del desorden.

—No te inquietes, Mariádelinda... tú también eres buena y te quiero muchísimo; eres parte del precioso ramillete formado por mis veinticinco alumnas, cuyo perfume será el compañerismo y la verdad. Y ahora, a trabajar... es la hora de caligrafía y debemos perfeccionar la letra.

*

* *

Entre plantas, láminas y buenas alumnas, el salón de clase del cuarto grado de la señorita Lola continúa siendo uno de los más alegres de la escuela a que concurren las modestas hijitas de las vendedoras de diarios, como también las niñas de los médicos pudientes del barrio.

La fiesta patria

—¿S ERAS la primera o la última? —preguntó con cierta curiosidad Clavelina del Huerto a su amiga Alba Rosa.

—No lo sé. Primero cantarán el Himno Nacional, después leerán una composición como el año pasado, y...

—Y luego subirás a la tarima entre banderas y palmas para recitar la poesía “Al 25 de Mayo”, ¿no es así?

—Tal vez... el caso es que ya la sé de memoria y además, tía Jacinta me ha enseñado a mover los brazos, las manos y... ¡hasta los dedos!

—¡Qué contenta estás!

—¡Si vieras el vestidito que me ha hecho mamá ¡es un primor! Yo misma elegí el color azul claro porque así fué la bandera que enarboló el general Belgrano.

—Ya lo sé; no prosigas, pues no has de lucir tu patriotismo. ¿Acaso no debemos asistir con los delantales bien planchados?

—Es verdad; pero escucha, tontuela: el uniforme es blanco como las nubes que corren bajo el azul de nuestro cielo y blanco como la franja que cruza nuestra gloriosa bandera. El vestidito irá debajo y el delantal entreabierto por detrás para dejarlo asomar.

—¡Ja, ja, ja! No me hagas reír... ¿recitarás de espaldas para lucir el traje? Hasta mañana —agregó Clavelina del Huerto al cruzar la calle para entrar a su casa que se hallaba justamente frente a la de su compañera de banco.

Por fin llegó el día 23 de mayo y ni una sola quiso hallarse ausente de tanta alegría. Los zapatitos bien lustrados, las medias tirantes, los grandes moños y las escarapelas con los colores patrios sobre los vaporosos delantales, daban más brillo al día de Mayo; todo anunciaba una fiesta.

Clavelina del Huerto salió en busca de su compañera, y al entrar a la casa se atrevió a llamarla sin saludar.

—¡Alba Rosa! ¡Al...ba...a...a Ro...o...sa! pronto, pronto, ya son las nueve.

Una carita pálida y tristona de ojos azules entornados asomó por detrás de una cortina. Clavelina del Huerto corrió hacia ella y sacudiendo la cabeza, le preguntó:

—¿No vas a la escuela? Es tarde... ¿no me oyes? ¿qué pasa? ¿estás enferma?

La niña hizo pasar a su compañera y señalando a su madre que descansaba en la cama, le dijo:

—Está muy mal y debo quedarme para atenderla.

—Pero, Alba Rosa, no es posible, la recitación está a tu cargo. ¿qué hacemos? ¿qué dirá la señorita Eva?

—No puedo ir, estamos solas.

—Una hora no más, Alba Rosa. Ven, péinate bien... ahí... ahí está tu delantal planchadito sobre la silla.

—No, no puedo... es inútil, no quiero dejar sola a mamá.



Alba Rosa comenzó la poesía...

Clavelina del Huerto bajó los ojos y al punto exclamó:

—¡Ya está! Me quedaré yo. Véte... no puedo permitir que la señorita Eva, la más buena, deje sin presentar a su mejor alumna y al número más lucido de la fiesta.

Alba Rosa abrió entonces los ojos, ojos que se fueron inundando poco a poco de lágrimas y al desbordarse, rodaron sobre sus paliduchas mejillas como hilos de plata para perderse luego en sus labios entreabiertos y temblorosos.

—¿Por qué lloras? Apresúrate, no hay tiempo que perder, toma, ponte el uniforme, aquí tienes mi escarpela; ven, arréglate el cabello... —y así fué ataviando a la niña hasta concluir por darle un empujón para sacarla del dormitorio—. Corre, Alba Rosa, yo cuidaré a tu mamá, portate bien, nada faltará a la enfermita.

La niña corrió y corrió hasta llegar a la escuela a tiempo que todas sus compañeras se formaban para entonar el Himno de la patria. De pronto oyó que pronunciaban su nombre y sin saber cómo, se adelantó subiéndolo por último a la tarima guarnecida con palmas y banderas. La carita apenada por el recuerdo de su mamá enferma, la mirada tristona y el cabello alisado y apartado al descuido, le daban el aspecto de una enferma.

Así como Alba Rosa fijó la vista en la hermosa bandera de seda que aparecía en el patio de la escuela para las grandes fiestas, la vió tan grande y tan linda que concluyó por cerrar los ojos para soñar, sin duda, con ella; los abrió al instante y al elevar su mirada al cielo y descubrir los colores que la encantaban, sonrió sin

hablar, a tiempo que los concurrentes estallaban en una salva de aplausos.

Alba Rosa comenzó la poesía con una vocecita suave y temblorosa que fué subiendo y subiendo hasta terminar con un viva a la bandera; un viva tan contagioso que fué repetido como un eco por todos los asistentes a la fiesta.

Al terminar el programa, Alba Rosa salió corriendo para llegar cuanto antes a su casa.

¡Cuál no sería su sorpresa al encontrar a su mamá sentada en la cama!

—¡Mamá, mamita!... ¡Qué fortuna! ¡Ya te sientes mejor?

—¿No lo ves? Clavelina del Huerto ha resultado una enfermera excelente.

—Y a ti ¿cómo te ha ido?

—No sé, mamita: oí aplausos y aplausos que me aturdieron. ¿Habrán sido para mí? ¡Imposible! Mira cómo fui a la escuela, sin arreglarme... después de tantos apuros para terminar el vestidito ¿te acuerdas?

—No importa, Alba Rosa, eso no tiene importancia, —agregó su compañera— has cumplido con la patria y con la señorita Eva. Hasta luego, volveré más tarde.

—Hasta luegoito y muchas gracias —respondieron madre e hija a la vez.

* * *

A los pocos días la señorita Eva ordenó a sus alumnas que redactasen una composición sobre la fiesta realizada el 23 de Mayo. La mejor sería premiada.

Las treinta cabecitas del cuarto grado se inclinaron sobre el pupitre dando comienzo a la tarea; una sola se mantuvo levantada con el extremo del portaplumas a flor de labio en actitud de pensar: era la de

Clavelina del Huerto. Después de figurarse la escuela ese día y con los datos que había recibido por boca de Alba Rosa, dejó correr la pluma como si hubiese estado presente en la fiesta.

¡Cuál no sería su sorpresa al tener noticias del premio a que se había hecho acreedora! Una colección de libros y un lindo juguete. Su composición había sido la elegida como ejemplo de patriotismo y correcta redacción.

—No, señorita Eva, yo no puedo recibir tantos elogios, no lo merezco. —fué la respuesta de Clavelina del Huerto, agregando:— Estuve ausente y no he hecho más que transcribir lo que Alba Rosa me contó de la fiesta.

—¿Y cuál fué la causa de tu inasistencia?

—La enfermedad de la mamá de Alba Rosa, a quien tuve que vigilar mientras ella corría a la escuela a cumplir con usted y con el número que se le había designado en el programa.

—¿Qué dices, Clavelina del Huerto? Tú, tú te has privado de la fiesta... tú mereces doblemente el premio y has recibido tu recompensa. Acércate —le dijo— sosteniendo su cabecita del mentón para mirar sus ojos claros y bondadosos.

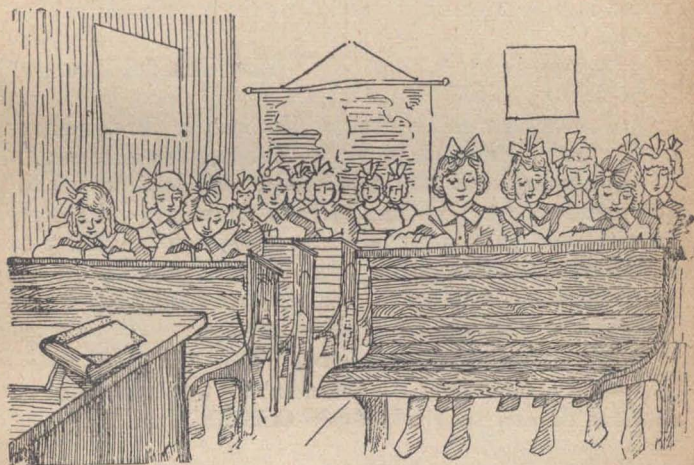
—Y ahora voy a leer la composición antes de que sea publicada. —agregó la señorita Eva dirigiéndose a sus alumnas.

COMPOSICION:

LA FIESTA EN MI ESCUELA

“El patio brilla más que otras veces; todo parece más nuevo, más lindo y más alegre. Cuadros, plantas,

flores, alfombras y banderas engalanan pasillos y aulas. Mis compañeras parecen muñequitas graciosas que se preparan para una danza, sólo les faltan coronitas como las que lucen las hadas que visitan los bosques. Todas sonríen y ostentan la escarapela bicolor acariciándola con sus deditos de vez en cuando para cerciorarse de que



A los pocos días, la señorita Eva ordenó a sus alumnas que redactasen...

aun la conservan. Se acerca la bandera de mi patria y un aplauso de conjunto me deja sorda. Cantan mis compañeras el himno glorioso y todos a un tiempo se ponen de pie. ¡Cómo late mi corazoncito! ¡Qué emoción!

''Recitados, lecturas y canciones que recuerdan el día brillante que se dió el grito de libertad. Bien dice

nuestra maestra que festejamos el cumpleaños de la patria... cumpleaños en que se repite la misma fiesta y que siempre nos llena de contento.

"Quiero ser buena, quiero estudiar mucho, quiero trabajar, quiero conocer los rincones de mi hermosa tierra para servirla y dar mi parte de reconocimiento a los frutos que me regala. Así se ama a la patria, pues así amo a mis padres, mejorando siempre para tenerlos contentos.

Clavelina del Huerto."

Al terminar la lectura las alumnas batieron palmas hasta que de nuevo la señorita Eva impuso silencio.

—Composición hermosa escrita con toda la verdad que ustedes conocen y han callado. Clavelina del Huerto ha reflejado en ella como en un espejo su bondad y su forma de amar a la patria. Sus palabras sencillas, llenas de entusiasmo y ternura nos revelan a una argentina inteligente, buena y realmente patriota.

¡Si todas fueran como ella!

—Lo prometemos —exclamaron a una voz todas las alumnas de cuarto grado de la señorita Eva.

El pinche

PIBE sin sol, sin escuela y sin familia, el Pinche trabajaba en la fonda “Mosca Blanca” lavando y secando platos, sin más juguetes que algunos restos de papel y unos terroncitos de carbonilla. Reía de buena gana el chiquillo al acostarse sobre el catre desvencijado en el cuartucho de los trastos, dibujando tan pronto los bigotes del cocinero, como la nariz del patrón —el fondero Don Lauro— terror de los peones y risueño compañero de los clientes.

Un buen día, el Pinche consiguió anotarse en la escuela del barrio, gracias a un inspector que lo descubrió en el momento que retiraba de la puerta los cajones de basura. Fueron escasos los días que el Pinche asistió a clase, pues en la fonda necesitaban sus bracitos baratos y obedientes. El encantado alumno, no supo que la señorita directora había averiguado la causa de sus inasistencias, pues Don Lauro se había encargado de contestarle que ya no trabajaba en la fonda.

Y así corrieron los días para el pequeño lavaplatos de la “Mosca Blanca”, como han de correr para muchos pibes presos de sol a sol bajo la mirada del patrón que frunce el ceño en la cocina y sonrío en el comedor.

Una mañana en que las ollas esperaban las doce pa-

ra descargar la sopa en los platos, uno de los peones descubrió la página de un diario sobre la cual se dibujaba una cabeza con trazos de carbonilla; entre bromas y risas, festejó con los mozos del comedor, los dientes saltones, el peinado aplastado y el gran parecido del dibujo con la cara del fondero.

En esto estaban, cuando..... ¡oh sorpresa, Don Lauro! Sin tiempo para esconder la hoja, el cocinero volvió a las ollas, el peón a la escoba, el Pinche a la piletta y los mozos como ratones al oír ¡miau, miau! dispararon al comedor.

Don Lauro vió al punto su cabeza bien marcada en la página que descansaba sobre el piso y, al encontrarse muy feo, exclamó con voz de trueno:

—¿Quién, quién..... quién es el.....?

—¿El dibujante? — concluyó por decir el peón.

—¿Dibujante? El haragán pintamonas que así pierde el tiempo en mi casa — agregó Don Lauro, sacudiendo los brazos en alto.

El Pinche asustadísimo miraba fijamente una baldosa abriendo más y más los ojos sin saber qué responder.

—¡Ah pillete! Eres tú, tú... el que ha de pagar la broma con un merecido encierro! — añadió el fondero, abalanzándose sobre el chiquillo. Quiso la suerte que el perverso resbalase, cayendo así de bruces a lo largo del piso recién lavado.

—¿Qué pasa? — preguntó un joven, un morenito de corbata flotante, quien, al pasar para el comedor había oído el ruido de latas y vidrios entre gritos de espanto y corridas de un lado para otro.

—¿Qué ha de pasar? Nada señor — respondió el



El Pinche trabajaba en la fonda...

cocinero— Fué un chiste del Pinche, cosas de chico, un dibujo sin importancia.

—¡ Un dibujo! ¡ Interesantísimo! Quisiera verlo.

—Aquí lo tiene; aunque algo manoseado por el patrón.

—Pero... ¿qué veo? ¡Don Lauro en pinta! Está magnífico, soberbio.....

—¡ Por favor, señor, no prosiga, entréguemelo, —balbuceó desesperado el Pinche.

—¿ Por.....?

—Me castigarán con lo primero que encuentren. Yo no tuve la menor intención de ofender al patrón. Fueron mis dedos, fueron ellos los que dejaron correr la carbonilla sobre el diario y... sin querer quedó estampada la cabeza de Don Lauro, cabeza con la que sueño, me persigue, la veo asomar por todas partes.

—Acércate, pibe. ¡Qué pálido estás! —agregó el joven. Apareció Don Lauro y sonriendo dijo:

—Vamos, señor, tenga el bien de retirarse porque son asuntos que no le interesan. ¿No vé que el muchacho es un inservible? Un vagabundo que no merece atención.....

—Sí, ya veo, no merecerá mi atención, pero sí, lo que usted no puede darle: cariño, enseñanza y recreo. El Pinche es un genio, un artista... ¡qué trazos! — exclamó entusiasmado el joven al levantar el diario. — Permítame conversar unos instantes con el chiquillo y seremos buenos amigos.

El que así hablaba era uno de los artistas notables del país que en esos días recorría el puerto en busca de marineros para copiar sus rostros bronceados. A la hora del almuerzo caía a la fonda “Mosca Blanca” seguro de encontrar un buen plato de sopa.

—¿No tienes otras carbonillas? Vete a buscarlas y te esperaré, aunque tengas que cruzar el riachuelo para llegar a tu casa.

—¿Casa? no la tengo.

—Vaya, obedece al señor, —dijo entonces Don Lauro.

El Pinche, sin responder, se alejó hasta perderse entre los últimos rincones de la fonda.

El joven pintor no dió tiempo a que el malvado patrón le cerrase el paso y corrió tras el chiquillo. ¡Cuál no sería su sorpresa al encontrarlo sollozando sobre el catre, entre cartones y papeles!

—Oye, Pinche! ¡Escúchame! Yo también fuí pequeño sin padres. Sufrí el frío, el hambre y el látigo de los patrones; sé lo que son lágrimas y he aprendido a enjugarlas. Déjame ver lo que haces en tu taller de artista, pues supongo que aquí trabajas...

Animado con tales palabras el Pinche se incorporó sonriendo, como saben sonreír los niños que sufren al tropezar con un hombre que dice haber sido niño, que dice haber llorado también.

—Aquí no trabajo, señor. ¿No sabe usted que mi taller es la cocina? Aquí juego con lápices y con carbones, hablo con los que no veo: los estiro, los inflo, los hago reír o enojar hasta que me duermo para despertar cuando oigo la voz de Don Lauro o siento el golpe de un puntapié. Pero... ¡no lo repita! Mire: ¿no conoce este gordinflón? Es el basurero —añadió mostrando un papel madera donde se dibujaba un rostro muy simpático—. ¿Verdad que está igualito?

—Es verdad —replicó el joven.— Encantado con tus pasatiempos pienso llevarte ahora mismo, cueste lo que cueste —agregó el artista tomando de la mano al

lavaplatos, quien, atontado, lo seguía sin atreverse a decir nada en contra.

Al cruzar la cocina, tropezaron naturalmente con Don Lauro, que los aguardaba con el propósito de echar a la calle al pibe.

— Me hace Ud. un favor; lléveselo, ya está muy crecido y pronto me reclamará un jornal. ¡A mí, a mí un jornal, después de haberlo tratado como un hijo!

El joven y el Pinche abandonaron la fonda “Mosca blanca” como dos escolares premiados: charlaron, rieron y silbaron con el contento de los buenos que esperan el mañana para continuar su tarea mejor y mejor siempre.

Después de varios meses el joven artista entró una tarde al taller como un torbellino, y agitando los brazos en alto exclamó:

— ¡Bravo! ¡Bien por el Pinche!

— ¿Qué ocurre, maestro? — interrogó el niño que se entretenía con un álbum de preciosas láminas.

— ¿No dije que eras un portento? Te has ganado un billete de cien pesos — agregó extendiéndoselo al niño.

— No sé qué puedo haber hecho para conseguir tanto dinero...

— Son tus manos admirables que si antes lavaron platos, hoy los saben pintar. Uno de mis amigos se ha llevado el perfil que trazaste sobre el plato, mientras yo leía los diarios. Me encuentra idéntico y lo ha alquirido por esa cantidad.

El Pinche sintió el calor de las lágrimas en sus mejillas y al mover la cabeza como un desesperado, dijo:

— ¡Tanto dinero! ¡Cuántos regalos podré comprar! Creí que sólo con trabajos penosos se obtenía esa suma que todos buscan, que todos desean y que muy pocos alcanzan.



El artista y el Pinche, cargados de bombones y flores, sorprendieron a la señorita...

¡Y yo... yo, con un pasatiempo la he ganado!

—Es la obra del artista, Pinche: es el trabajo que sin buscar fortuna la encuentra cuando menos piensa. Diviértete y disfruta del dinero que ha caído entre tus dedos sin precio.

—Gracias. Pienso salir... elegir unas flores y algunas cositas para regalar.

—¡Bravísimo! me gustan los muchachos generosos. ¿Y quién será el agraciado con tus obsequios?

—La señorita y... usted, por el momento. Más tarde, tal vez lleve algo a la fonda donde tantas noches soñé ser hombre fuerte, bueno y... pintor.

—¿La señorita? ¿quién es?

—La directora de la escuela a la que asistí unos días. Me recibió una mañana: me miró, sonrió, me acarició los cabellos y me pellizcó los cachetes. Luego me dió un flamante guardapolvo y unas zapatillas. Yo no puedo olvidarla, como que ha sido la única mujer que me ha dispensado una caricia. Don Lauro me prohibió que me acercase a la escuela bajo pena de encerrarme sin luz. ¿No cree usted que debo volver a esa escuela?

—¡Es claro, muchacho! ¿cómo no has vuelto a ella?

—Porque es una escolita para chiquilines y yo ya soy un hombre. Está situada en una calle que lleva un nombre de juguete. Un nombre encantador para escuela de pibes pobres: la calle Puentequito.

El artista y el Pinche cargados de bombones y flores sorprendieron a la señorita en horas de recreo. Conversaron muchísimo y hoy son buenos amigos como lo han de ser los que no olvidan las palmadas efectuosas de aquella directora de la escolita humilde de la calle Puentequito.

La rana del sueño

MARICELIA y su mamá residen en una casita blanca llena de aire y de luz.

Una noche de luna, así hablaban las dos:

—¿Es cierto que voy a cumplir ocho años?

—No te equivocas, Maricelia. Mañana estrenarás el vestidito verde como las hojas, desde donde se destacará tu cabeza graciosa como la más bonita de las flores de nuestro jardín; pero... ya es muy tarde ¿tienes sueño? ¿por qué no duermes? ¿por qué no te dejas llevar por ligeras mariposas al país de las hadas?... Tus ojos se cierran, te has dormido...

En efecto, los párpados de Maricelia se entornaban ya y sus labios dibujaban una sonrisa.

A eso de media noche, entreabrió los ojos y dijo para sí: ¿Será el amanecer? Pero... los gallos no han cantado aún.

Escuchó con atención y, al sentir pasos, se incorporó alarmada.

—¿Quién anda? ¿Eres tú, mamita? — preguntó con curiosidad, en el preciso momento que la sombra de un perro se distinguía en la pared, donde la luz de una luna llena, dejaba ver sus movimientos también.

—Soy yo, tu perro; no te asustes, soy Chauchau.

Y en verdad, así hablaba el animal al acercarse a la cama de Maricelia.

Los perros no acostumbran a emplear palabras para expresarse; pero esa noche, Chauchau tuvo la suerte de poder hablar como cualquiera de nosotros.

— ¡Qué horror! —exclamó la niña— Creí que eras un toro, pues en la sombra te encontré muy grande.

—¿Qué haces aquí? Véte, déjame en paz.

—Quiero ser el primero en saludarte. Si me acompañas a la laguna oirás a la rana mugidora que con sus ayes llama a los pequeñuelos del lugar para ofrecerles cosas muy raras.

—Pero, Chauchau, la noche me espanta y además, podríamos perdernos. Yo quisiera visitar la laguna encantada porque, según el peón, no hay ranas ni fantasmas, tan sólo una vaca que muge y se desespera entre los cañaverales en busca del ternero que se le ha perdido.

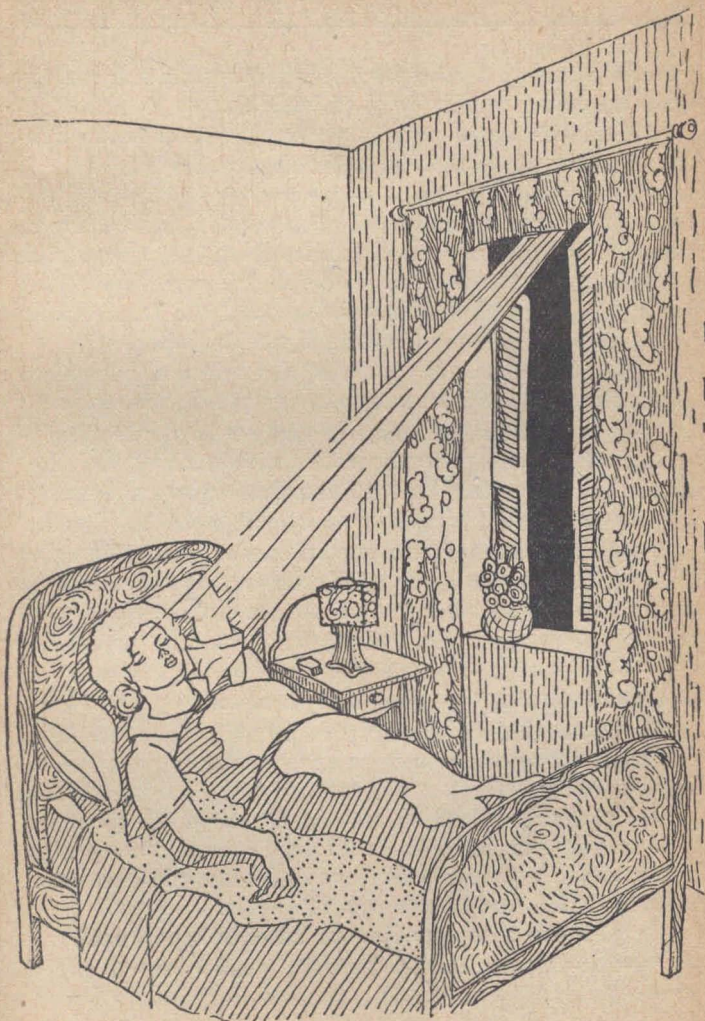
—No, Maricelia, no hay tal; te repito que es una rana y debemos llegar antes del amanecer. ¿Me oyes? Anímate, ven, sígueme...

Maricelia saltó de la cama y, al tomarse del collar de Chauchau trepó con él a la baranda del balcón, dejándose caer sobre el césped. En un abrir y cerrar de ojos cruzaron cardales y abrojos hasta encontrarse al borde de la misteriosa laguna de San Vicente, donde, según, contaban, se hospedaba la rana.

Se oyó un quejido, y una voz apagada dijo a la niña:

—Ya que hasta mí has llegado, no me temas. Recuerda que hay un monstruo generoso dispuesto a regalarte lo que tus labios de clavel pidan.

—Pues si es así, quisiera un automóvil hermoso que deje boquiabiertos a todos los paisanitos de San Vicente.



Tus ojos se cierran, te has dormido...

Se abrieron las aguas y a duras penas fué elevándose un coche reluciente y en marcha.

Maricelia batió palmas y sacudió su cabecita adorable, maravillada ante el soberbio automóvil.

De pronto, oyó un lamento y algo que saltaba entre las ramas de un matorral. ¿Quién podría ser? La rana gigante, la rana mugidora, la rana hechizada que atraía a los hombres y a las mujeres desde lejanos pueblos: esa rana que todos buscaban y nadie veía, esa rana estaba ahí... ahí... frente a Chauchau y a Maricelia.

¿Quién habría de pensarlo? La mimosa, la bonita Maricelia frente al monstruoso animal de la laguna.

—¿Por qué se empeñan en alejarme de este precioso lugar? ¿Acaso perturbo a los niños? Contéplame, Maricelia. ¿Soy tan fea? ¿Tus ojitos celestes, bellos y buenos no pueden mirarme sin aterrorizarse?

—Si no eres mala, no puedes causar temor. Tu color me encanta: verde como la hierba que te esconde, que te protege y te permite vivir contenta entre cañitas, verde como el campo de mi tierra, verde como la esmeralda.

—Tú que vas a la escuela ¿podrías explicarme qué es una esmeralda? — preguntó la rana.

—Esmeralda es una piedra preciosa que brilla y deslumbra y se distingue por su color verde; unas veces como el mar y otras como tu rugosa piel, tomando entonces el nombre de agua marina. Se extrae de las rocas y de los lugares montañosos. El verde como la esmeralda nos invita a esperar lo lindo y lo bueno que deseamos, todo lo difícil que nos cuesta alcanzar.

—¿Es eso a lo que llaman ustedes esperanza?

—Eso mismo, ranita querida, y así cuentan que el verde de las hojas esconde muchas cosas, como te escon-

de a ti, y por eso significa esperanza: esperanza de salvación.

—¿Y me podré salvar?

—Si te guareces entre el pasto... tal vez; pero, bajo el agua traicionera, no lo creo. Traicionera, digo, porque te acaricia y cobija para entregarte después a quienes te han de hacer mucho mal...

—¡Qué lástima! Yo no puedo vivir siempre en la tierra; mi vida requiere agua también, así es que estoy expuesta a la curiosidad de los hombres que me han de apresar.

—¿Sabes, ranita, que quisiera ser siempre tu amiga?

—Gracias, Maricelia, defiéndeme y no dejes que me espanten de mi laguna. Pero... ya amanece, véte, acuéstate, se acerca tu cumpleaños y debes estar junto a los tuyos.

La niña se apartó y trepó al magnífico automóvil que la esperaba a orillas de la laguna. Tras ella, su perro vigilante, el enorme Chauchau tomó asiento a su lado. De repente... ni para atrás, ni para adelante, el coche detuvo le marcha. La luz del alba, el primer resplandor del sol, hizo fruncir los ojitos de Maricelia. Entre una y otra morisqueta de fastidio, se halló sentada; no en su automóvil, sino en su cama. Oyó los ladridos de Chauchau y la voz de su mamá que se le acercaba con una bandeja cargada de golosinas.

—Buenos días, Maricelia, que los cumplas muy felices como las perdices, tal como también me decía tu abuelo cuando yo era más menudita que las cañas que cercan parte de la laguna.

La niña miró a su mamá con ojos espantados sin atinar a responderle.

—¿Qué te pasa? ¿No recuerdas que cumples ocho años?

—¡Mamá! ¡qué sueño he tenido!

—¿Con quién?

—¡Con la rana! Creí que me devoraría; pero nada de eso. ¡Es tan buena! ¡tan cariñosa!

Maricelia contó a su mamá lo que acabo de referir, no sin creer que su perro Chauchau la había despertado a media noche.

Cuando hubo terminado, su mamá añadió:

—Has estado admirable, Maricelia. ¿Quién no ha soñado con el animal inofensivo que pintaban como un fenómeno peligroso al oír sus lamentos durante el silencio de la noche?

—¿Inofensivo? ¿Fenómeno? —preguntó la niña.

—Inofensivo porque no hace daño y... fenómeno porque se trata de un ejemplar raro, pocas veces visto. Pues bien ¿no sabes que la rana del sueño se hospeda en el Jardín Zoológico para recreo y enseñanza de los que no conocen a las muchas otras ranas que pueblan pantanos y esteros?

—¡Pobrecita! ¡Prisionera! Afortunadamente vivirá con la esperanza de volver a su laguna. He oído hablar mucho de la rana monstruo y, como no alcancé a conocerla de cerca, tuve que verla en sueños. Me dijeron que era muy comilona y muy capaz de tragarse una culebra. ¿Te acuerdas, mamita, cuando al pueblo llegaban los curiosos creyendo encontrar dragones y fantasmas en el fondo de la laguna? Y... después del rastreo: una rana tranquila y mansita.

—Si, Maricelia, lo recuerdo. Esto mismo lo contarán los niños de hoy cuando sean hombres y el sueño como

la verdad pasará de boca en boca hasta convertirse en leyenda.

—¿En leyenda?

—En leyenda, o lo que es lo mismo, en historia maravillosa e increíble que vivirá a través de los años.



...esa rana estaba ahí... Ahí... frente a Chauchau...

—¡Qué lindo, mamá! ¡Conque la laguna de mi pueblo tendrá una leyenda?

—Así es. Tu sueño me ha hecho pensar que quieres un automóvil. Te regalaré uno muy pequeñito para que en él pasees a tus muñecas. Vas creciendo, Maricelia, y seguirás siendo el encanto del pueblo si tus deseos no son más que sueños como el de anoche, pero sueña, hijita, porque los sueños aumentan las proporciones de lo que anhelamos o hemos perdido. ¿No crees que la rana del sueño te ha hecho quererla mucho para que ahora no temas a las que pueblan los campos de tu tierra y las lagunas que la fertilizan?

—Sí, mamá; pero... ¿podrías contarme algo más del centenar de ranas que sin ser lloronas como la de la laguna, también nos ensordecen no bien comienza a llover?

—Escucha, Maricelia: las ranitas no hacen mal a los que a ellas se acercan y ya sabes que la rana del sueño no era monstruo ni fantasma.

Sus ayes son palabras con que piden o agradecen a la naturaleza el agua fresca que cae de las nubes: agua clara que al punto abre las puertas de sus viviendas de donde salen para retornar saltando entre el fango, bajo las caricias de la benéfica lluvia.

—Gracias, mamá. ¡Cuánto sabes, cuánto me enseñas y cuánto te quiero!

La camisa rosa

ROSA es el nombre de una nena, rosa una flor, rosa un color: color que adorna las mejillas de los pequeños sanos y que tiñe el cielo a la hora en que los pajaritos cantan y el sol asoma o se esconde, pues rosa también fué el color de unas camisitas mensajeras de alegría que llevaron lágrimas y sonrisas luego, a las dos nenas del cuento.

Alelí, la rubia graciosa que canta y que brinca en la casa de sus padres, conversa con Berenguela, la criada de color que luce el blanco de sus ojos traviesos y el blanco de sus dientes igualitos cuando al anochecer prepara la cama desdoblado sábanas y disponiendo almohadas con sus bracitos diminutos como palillos de tambor.

—¡Qué preciosa camisita de noche! Es rosa como las rosas. ¿Verdad, niña Alelí? ¡A qué horas ha de ponerse!

—¡Chit! despacito, Berenguela, podría oírte tía Luciana. Pues bien, me despertarán a la hora en que termina el año para que la camisita rosa me traiga suerte al saludar el año nuevo.

—¡Qué fortuna, niña Alelí! A mí me haría falta una igualita. Necesito besos, zapatos, sombreros y algunos juguetes.

—¿Nunca los has tenido?

—¿Para qué? Soy sirvienta y soy negra: me gritan, me pellizcan, me empujan... ¡ay!... ¡qué dolor! Todavía me duele el brazo. Muchas veces como bombones cuando usted los coloca entre mis labios con esos dedos de muñeca que me gustaría morderlos. Yo quisiera la suerte que trae la camisa rosa para el año que llega, el año nuevito como los pimpollos de las rosas.

—Cierto, Berenguela. Estaba pensando que tengo una camisa del año pasado que ya es corta para mí, está planchadita y parece nueva. ¿Por qué no te la llevas? Cuando oigas las doce campanadas del reloj, salta del cajón sobre el que duermes y entonces cubres tu cuerpecito ciruela con mi camisita de seda.

—¡Qué bien vas a dormir! ¡Ya verás! Apresúrate... oigo pasos —agregó con voz más apagada la niña, corriendo hacia la cómoda de donde sacó la prenda y se la entregó a Berenguela.

La criadita la arropó entre sus manos ajadas como zapatitos viejos y corrió para esconderla bajo la carpeta agujereada que le servía de colcha.

Tía Luciana, la señora gruñona, tropezó con la pobrecita Berenguela.

—¿Dónde vas con tanto apuro? ¿Por qué tiemblas negra malvada? ¿Qué haces con las manos atrás?

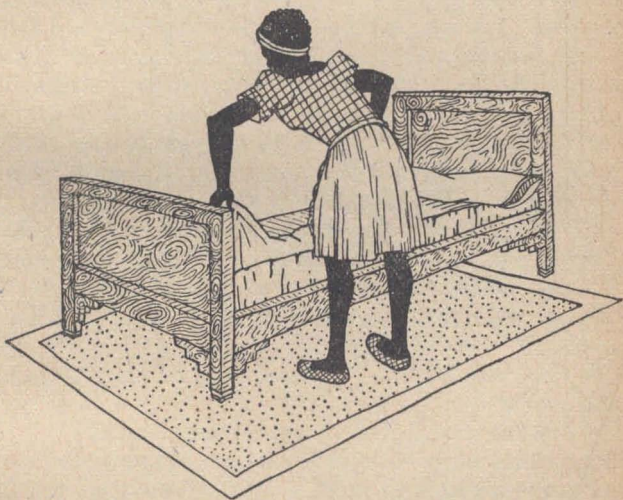
Y al decir eso, sacudió con fuerza a la criadita que ante el dolor que le esperaba, dejó caer la camisita que escondía.

Tía Luciana, más fea que otras veces, frunció el ceño y arrastró de un brazo a la sirvientita, diciéndole:

—¡Ladrona ingrata, carbonilla, tinta dura! No te hagas la santita. Corre y deja esa camisa en su lugar. ¿No sabes que las camisas de noche se han hecho para

las niñas? Ya verás lo que te espera, pasarás la noche sin techo.

Por temor de que privasen de algo a su amiguita Alelí, la pobre Berenguela no dijo una sola palabra de su conversación con ella; por otra parte, no la hubiesen



Berenguela, la criadita de color...

esenchado. Llegó la hora de acostarse y tía Luciana ordenó que la negrita durmiese en la azotea. Berenguela subió la escalera angosta y sobre el suelo desmantelado se tendió tratando de dormir.

De pronto su cuerpecito delicado sintió el fresco que fué acentuándose hasta convertirse en un viento fuerte. Los relámpagos brillaban como cohetes deslumbrantes,

las nubes cubrieron las estrellas que tanto encantaban a la pequeñuela y antes de terminar el año, una lluvia fría y espesa bañó las carnes heladas de la nena de color. Se estremeció de frío; las horas pasaron sin que nadie velase su sueño ni le llevase calor.

Mientras tanto Alelí pensaba en la camisa rosa que a esa hora envolvería el cuerpo desnudo de la desventurada criadita. Alelí sonrió al soñar que ambas recibirían del año nuevo la fortuna que significa juegos y maravillas para todo niño blanco, negro o amarillo, sin saber que su camisita arrugada descansaba de nuevo en la cómoda; su camisita que no había sido confeccionada para las nenas sin madre que trabajan bajo el gesto fruncido de los patrones malos.

¡Pobre Berenguela! Llegó el primero de enero y en la casa extrañaron no oír el ir y venir de la escoba antes del desayuno. Las piernitas de la nena, estaban tiesas, no podían moverse allá en lo alto, allá en la azotea.

—¡Ya recuerdo! —exclamó tía Luciana, mirando hacia arriba.

—¡Berenguela! ¡Be...e...e...ren...guela!!— llamó repetidas veces sin que la criadita respondiese.

Subió entonces la mala señora y encontró a la negrita dormida al parecer. Creyendo despertarla, le dió un puntapié; pero... nada, Berenguela no obedecía.

Aterrorizada, la levantó en brazos y la llevó gruñendo hasta su misma cama para llamar a un médico. Como su ropita escasa estaba húmeda y en desorden, pensó vestirla de nuevo; y, aturdida se dirigió a la cómoda, tomó la primer prenda de vestir que halló entre las de Alelí y se encaminó hacia el lecho donde descansaba la negrita.

Quiso la suerte que fuese la camisita rosa, la misma que tanto dolor causaba a la pobre enfermita.



...Y la preparó para enfermera, encargándole el cuidado de los pibes sin madre...

Una vez ataviada la acostó entre sábanas y almohadas blancas y... ¡oh, ventura! la camisa trajo suerte. Berenguela abrió los ojos en momentos que entraba el médico.

—¡Hola, nenita! ¡Cómo relumbran tus ojos! ¡Qué

tienes? —dijo, examinándola para luego dirigirse a los de la casa.

—Esta criatura está mal atendida, mal alimentada, llena de contusiones; ha recibido un frío, y se halla gravemente enferma. Ahora mismo me la llevo al hospital; pediré una camilla por teléfono y nada les ha de costar.

Fueron inútiles los lamentos de tía Luciana para que dejaran a la sirvientita; se la llevaron, y así la camisita rosa prestada por Alelí dió fortuna a la criada Berenguela.

Hoy trabaja contenta en casa del médico que en aquel entonces la curó, la hizo estudiar, y la preparó para enfermera, encargándole el cuidado de los pibes sin madre, a quienes cuida, acaricia y divierte con sus manos suaves y su sonrisa de buena.

Berenguela no ha olvidado a su amita Alelí: la visita, y ambas ríen recordando la conversación aquella de la suerte que lleva consigo la camisa rosa, camisa que no hay 31 de diciembre que no vistan con gran contento al saludar la entrada del primer día del año.

La mancha negra

PAQUITA... ¿No oyes? ¡Paquita! —repitió en voz alta la maestra del grado segundo.

Una morochita de ojos negros y melena lacia miró espantada al frente de la clase, sacudió la cabeza como para despertar y se puso de pie con un libro abierto, en actitud de leer.

—La... la... baaan...dee...ra... —balbuceó.

—¿Qué te pasa? ¿No has estudiado?

—Sí, señorita... Siempre estudio —contestó la niña.

—Pues, continúa...

Paquita suspiró y comenzó a leer con toda corrección.

—Muy bien. Ya me parecía que estabas pensando en algo muy lejos del salón.

Al llegar la última hora de clase, la maestra encargó a sus alumnas la pintura de la bandera argentina.

—¿Qué lápiz han de emplear para las franjas de color? —preguntó a la clase.

—Azul celeste —respondieron todas a una voz.

Paquita miró al frente y abrió con desesperación sus ojitos, sin atreverse a tomar el lápiz; pero todo acaba, y así fué como, al sentir los pasos de la maestra,

volvió a sacudir la cabeza y comenzó a extender lentamente la pintura azul celeste sobre la bandera dibujada en la clase anterior.

Al terminar, le pareció descubrir una mancha negra que obscurecía su bonita bandera; por suerte, entornó los párpados y, al levantarlos, la mancha había desaparecido para dejar, en cambio, el sol glorioso de mayo.

—¿Estaré soñando? —dijo para sí.

El caso es que Paquita había ocultado una falta, y esa falta la perseguía como persiguen todas las faltas; como persiguen los animales a quienes tememos, que nos asustan y los vemos tras de nosotros aunque no se hayan movido de su sitio.

En cuanto Paquita fijaba su mirada en algo azul celeste, una mancha negra obscurecía sus ojos...

Al regresar de la escuela recibió, como de costumbre, un beso de su mamá.

Y no bien se encontró sola, corrió en puntillas al escritorio de su papá para cerciorarse de si aun se hallaba el almohadón que con mucho cuidado había colocado esa mañana sobre el sillón azul celeste.

¡Qué suerte! El almohadón estaba en su sitio.

—¡Paquita! ¿No me acompañas al jardín? —dijo su mamá al acercarse.

—No... Voy a quedarme aquí... aquí, junto al escritorio de papá.

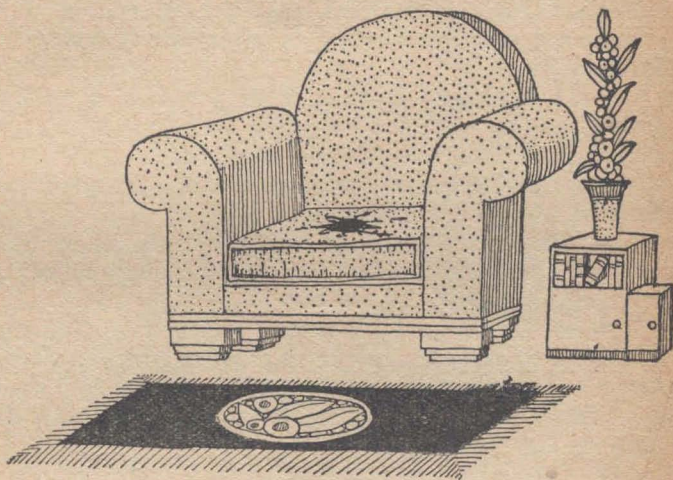
—Pero... ¿no escribes tus deberes? ¿Qué piensas?

—Voy a estudiar una poesía que recitaré para la fiesta de fin de año.

—¡Qué bonita estarás! Vas a lucir un precioso vestido azul celeste.

—¿Azul? ¿Celeste? ¡No, mamita! ¡Yo no quiero, no puedo vestirme como el sillón!

—¿Qué dices? ¿Estás llorando?



...una mancha de tinta negra sobre el asiento del mullido mueble, alcanzó a confesar la falta de Paquita.

—¡Mamá! ¿No adivinas? ¡La mancha! La veo por todas partes donde descubro ese color, ese color horrible del sillón.

—Expícate, Paquita: no sé a qué mancha te refieres. No llores. Te ahogas; ven, sentémonos en el sillón antes que llegue papá —dijo la señora, tomando la carita empapada en lágrimas entre sus manos suaves.

—¡No, mamá! ¡No te sientes ahí! ¡No te acerques, por favor! —exclamó Paquita, horrorizada.

—Te portas como una pequeñuela sin valor alguno. ¿Has visto una langosta? ¿Una araña? ¡Un ratón! ¿Estoy en lo cierto?

—No, mamá; algo peor, algo que no se mueve. Veo tus ojos azules y en ellos unos puntos negros, unas manchas que se agrandan y me espantan. Antes no las había visto.

—Te equivocas, Paquita. Esos puntos siempre han iluminado mis ojos: son las pupilas donde se retrata tu carita de nena buena que sabe contar todo a su mamá. Acércate, mírate en mis pupilas, son espejos que no se empañan cuando te miran a ti.

—¡Qué buena eres! Pero yo veo manchas en todo lo que es azul celeste: las he descubierto en el cielo al salir de la escuela.

—Son nubes; son nubes que corren y se deshacen en lluvia, en agua fresca que riega y enriquece la tierra. Las manchas del firmamento azul no dañan, se borran solas para dejarnos admirar con más gusto el azul celeste de un cielo límpido.

—¡Qué bien hablas, mamita! A ti nada te parece feo. Pero en la bandera de mi patria he visto una mancha.

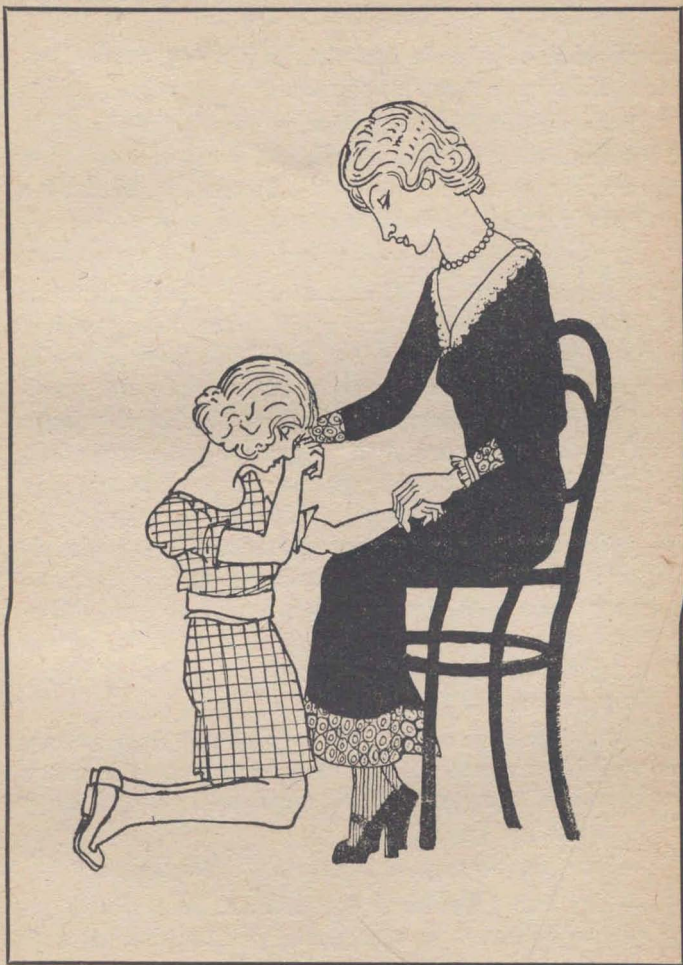
—No es posible, Paquita; tú te engañas.

—Me pareció verla porque sus franjas son de color azul celeste, como tus ojos, como el firmamento y como... el... el...

Sin concluir, la niña miró espantada el sillón que junto al escritorio lucía un forro de terciopelo azul celeste.

—¿Qué hay? ¿Qué ves, Paquita? ¿Por qué tiemblas cuando hablas del sillón?

—¡La mancha negra! La mancha que tú no ves



—Siempre soy yo, mamá...

porque está debajo de ese almohadón —agregó al cubrirse los ojos con ambas manos.

La mamá se acercó naturalmente al sillón y al levantar con cuidado el almohadón, una mancha de tinta negra sobre el asiento del mullido mueble, alcanzó a confesar la falta de Paquita.

—Siempre soy yo, mamá. ¿Me perdonas? Esta mañana, al preparar los deberes, arrojé al descuido todos los útiles sobre el escritorio y sin saber cómo, voló el tintero y fué a aterrizar sobre el sillón más lindo de la casa; pero, ¿por qué lo pusieron tan cerca del escritorio? ¡Me asusté tanto! Sentí pasos y cubrí el asiento con el almohadón, porque sabía que no había procedido con cuidado, como tú siempre me recomiendas cuando dejo caer el pan al suelo; cuando tiro los zapatos en alto y dan contra los frascos del tocador; cuando olvido el jabón en el agua y se deshace; cuando derramo la sopa y cuando salpico con tinta los cuadernos. ¿Ahora lo sabes, mamita? Esa mancha me ha seguido, la veía sobre todo lo que fuera azul celeste; tus ojos, el firmamento y la bandera.

—No hay duda, Paquita; ya has sufrido mucho y has recibido un castigo. Las manchas no se cubren con almohadones, porque tarde o temprano se descubren y tú lo sabías.

—Es cierto —respondió sonriendo Paquita.

—Hay que ponerlas al descubierto, limpiarlas o dejar que se borren. Por otra parte, ocultar una falta es dejar que recaiga sobre otra persona.

—¡Qué ocurrencia, mamá! ¿Quién sino yo podría haber hecho volar el tintero?

—¡Cómo te conoces! Recuerda que ya no eres tan pequeñita, y lo sé porque la mancha te ha perseguido sin cansarse. Cuando las nenas no van a la escuela aun puede ser que no reconozcan sus faltas, pero tú, Paquita... Pues bien, el sillón es algo que entre las dos vamos a tratar de salvar, no sin que antes me prometas relatar a tu papá todo lo ocurrido.

—Sí, mamita, y de hoy en adelante seré más juiciosa para que no me persigan las manchas —dijo Paquita al acercar la frente a los labios de su mamá.

La muñeca

—¡TRAEN la muñeca!... ¡Abuelita!

—¿Qué muñeca, Bertita?

—La que ofrecimos para el remate... para derla.

—¡Es cierto! Parece enorme, vamos a verla.

—Mírela, ¡qué preciosidad! —exclamó la niña al terminar de abrir una caja donde se destacaba una muñeca desnuda, rolliza, de rizados cabellos negros. La abuela se inclinó para admirarla, sonrió y al salir dijo a Bertita:

—Será la más linda y, a no dudarlo, obtendrán mucho dinero por ella: dinero bien empleado, Bertita, que con él alegrarán a los pequeñuelos que esperan los guetes el día de Reyes.

—Parece dormida. ¿La despierto? —agregó la abuela al retirar con sus manitas la pesada muñeca. La muñeca aun permanecía en la caja. Al enderezarla, levantó la abuela las tupidas cortinas de sedosas pestañas dejando ver un par de relucientes ojos azules.

—Y... ¿cómo la vestiremos, abuelita? ¿Llevará nombre? ¿La verán todos... todos?

—¡Cuántas preguntas, criatura! Por cierto, ya lo he pensado en su vestidito. Llevará tu nombre en una

jetita prendida al cuello. Todos sabrán que fué regalada por ti y la admirarán alabando tu generosidad y buen gusto. Debemos atarearnos porque ha de permanecer expuesta en una vidriera, conjuntamente con las que manden otras niñas, y luego... ¡quién sabe a qué manos irá a parar!

—Bueno, vamos a coser prontito. ¡Qué buena es usted! —dijo Bertita, acercándose a su abuela para besarla.

Es el caso que la nena del cuento había leído en los diarios un aviso en el que se pedía una muñeca ataviada para rematarla en un teatro, con el propósito de obtener dinero para la compra de juguetes y dulces que habrían de repartirse entre los chiquillos olvidados o descuidados por los Reyes Magos.

Al día siguiente de leer el anuncio, Bertita había pedido a su papá una encantadora muñeca y éste, siempre complaciente, le había dicho:

—Muy bien, amiguita. Te enviaré un portento, una delicia, una muñeca sin igual a quien tú vestirás con esos deditos de hada. Has cumplido diez años y... a los diez años toda mujercita sabe coser.

—Sí, papá —había replicado Bertita, saltando de alegría—. Pero... me ayudará abuelita.

—Pues, hasta luego —le había contestado su padre al levantarla en brazos para dejar en cada mejilla un beso.

*

* *

La muñeca ya estaba en manos de la abuela frente a un canastillo de labor.

—¿Has pensado en el traje, Bertita?

—Sí, abuela. Muchos y muy elegantes. ¿Qué le parece de... aldeana?

—¡De aldeana! No, querida. Abundan las muñequitas aldeanas.



—¿De reina, de enfermera o de aviadora?

—No está mal. Yo creo que convendría algo muy original.

—¿Qué quiere decir original? Yo no lo sé. ¿De qué vestido se trata?

—Un trajecito original es el que no se ha de repetir entre las que se presenten. Será algo nuevo entre muñecas y llamará la atención porque nadie lo espera.

—Pero, abuela... ¡tengo miedo! ¡Algo original, algo nuevo, algo inesperado! ¡Qué difícil!

—No, Bertita —contestó sonriendo su abuela—. Estoy pensando en cubrir a la muñeca con un vestido que ha de enseñar a muchos lo que casi siempre olvidan.

—¿Cree usted que la muñeca es capaz de enseñar cuando usted la vista? Es muda, no se mueve, no premia ni castiga.

—Es que el arreglo, nieta mía, dice más que las palabras y los movimientos. ¿Acaso el traje de un soldado no te revela la carrera del que lo viste? ¿Y el de un marino? ¿Y el de un mensajero? Puede ser que me engañe; pero mis canas y mis arrugas, que han llegado después de mucho reír y de mucho llorar, también para algo han de servir esta vez.

—¡Qué suerte, abuela! Yo sé que la nena de la esquina es sirvientita por... ¿sabe por qué? Por el traje, como usted dice: usa delantal y cofia. ¿De manera, pues, que mi muñeca dará una lección y será la mejor vestida? ¿Y será muy costosa?

—Nos costará muy poco el trajecito. Aquí tengo un vestido que ya no usas; es blanco y de seda, precisamente lo que me hacía falta. Luego compraremos una balanza diminuta, una espadita y un par de sandalias que encargaré al zapatero para que calcen los rollizos pies de nuestra muñeca. ¿Oyes? Todo lo sabrás cuando terminemos el trabajo... No interrumpas, querida.

Mientras hablaba, la anciana prendía con alfileres la tela del vestido de Bertita para acomodarlo a gusto

sobre el cuerpo de la muñeca. La dejó preparada y salió para comprar lo que necesitaba.

Esa noche, mientras la niña dormía, la abuela junto a una lámpara seguía con entusiasmo la tarea, para sorprender a su nieta no bien despertara. Después de una hora, tuvo la suerte de ver ataviada a la muñequita. Una venda cubría sus brillantes ojos, tal como los cubren las nenas que se disponen a jugar a la gallina ciega. Un traje blanco, tomado en los hombros, dejaba lucir los desnudos brazos, cayendo en profundos pliegues hasta los pies, donde asomaban las pequeñas sandalias. Un brazo extendido sostenía con su manita de rosa la balanza de platillos dorados; el otro, dejaba empuñar la espada defensora.

La anciana sonrió, mirando por uno y otro lado a la muñeca vestida con tanta originalidad. Al no encontrarle más defecto que el cuerpecito algo abultado, resolvió retirarse a dormir.

Bertita despertó al día siguiente sin más pensamiento que su muñeca. De un salto corrió en camisón al dormitorio de la anciana, exclamando:

—¡Abuelita, he soñado con una vidriera cargada de muñecas!

—¿Habrás soñado también con la tuya?

—No, abuela. Lloré porque no la veía entre tantas rubias.

—¿Cómo habrías de verla? Aquí la guardamos aún, contestó la anciana, conduciéndola de la mano hasta la mesa de costura.

Bertita abrió los ojos como pocas veces lo hacía, y con paso lento fué acercándose a la muñeca que, de pie con la cabeza levantada, parecía una estatua.

—¡Qué linda!! ¡Por qué le ha vendado los ojos?
¡Qué pasa? ¡No debe mirarnos?

—Esa venda es parte de su traje, como lo son la espada y la balanza.

—Explíquemelo, abuelita.

—Bien fácil. Todas las niñas han de querer saber lo que representa y a sus padres o maestros les corresponde explicárselo.

—¡Por favor! ¡De qué ha vestido a mi muñeca?

—Representa “La Justicia”. La verás en láminas o monumentos con ese mismo arreglo. ¡Sabes tú lo que significa justicia?

—Casi... me parece que lo sé... también he oído esa palabra muchas veces. Será algo muy bueno, será lo que tiene que ser y no es. Creo que... que lo que se hace con justicia, siempre está bien...

—Algo parecido, Bertita. Justicia es proceder con rectitud, dando a cada uno lo que le corresponde por sus méritos o por su trabajo, como también porque así lo ordenan las leyes. Otro día te explicaré mejor lo que significa justicia, por más que tú lo sabes desde muy pequeña.

Por la tarde, el padre de Bertita envió al teatro la caja que encerraba la muñeca para que la entregasen a la Comisión de señoras encargadas de exponerlas en una vidriera, antes de rematarlas en los entreactos de una función.

A los pocos días, Bertita y su abuela se detenían frente a una casa de comercio que lucía un centenar de muñecas, a cual más vistosa y elegante.

—¡Abuela! ¡La ve? Ahí, ahí, entre una reina y



Esa noche, mientras la niña dormía, la abuela, junto a una lámpara, seguía con entusiasmo la tarea...

una mendiga —exclamó la niña al señalar “La Justicia” que, a ciegas, parecía querer emprender la marcha.

—La veo, Bertita, y parece que sonrío. Se siente muy contenta al poder apreciar esas damas que la rodean: princesas, mucamas, floristas, bailarinas, cocineiras y representantes de cuanto país existe en el mundo, desde la paisana con dos trenzas hasta la japonesa de peinado alto. Ahí está “La Justicia”, ciega, sin importarle la condición social, ni la nacionalidad de las que en derredor se enorgullecen o humillan.

—¡Ay, abuelita, cuántas cosas me dice! Yo no sé, no entiendo... Déjeme verlas, no se vaya. Mire, ahí, ahí, alcanzo a ver mi nombre en la tarjeta: Bertita Real.

Al cabo de un rato, la abuela y la nieta emprendieron el regreso a su casa.

Llegó el día del remate. Bertita no pudo asistir porque la anciana se hallaba en cama con una indisposición. Al día siguiente, con gran contento, su padre descubrió que una de las muñecas más admiradas, había sido “La Justicia”, pues en el momento del remate varias personas se la disputaron, ofreciendo más y más dinero para ganarla.

Con semejante noticia, Bertita saltaba de alegría. Esa misma tarde recibió una nota donde se le rogaba que se presentara para tomar unas fotografías que se publicarían luego en los diarios y las revistas, como premio a la niña que había donado la muñeca vestida con más originalidad.

—¿Qué te pasa, Bertita? Estás muy triste... —le dijo esa tarde su abuela.

—No es nada —respondió la niña, desapareciendo para esconder su rostro, que ya sentía bañado en lá-

grimas. Esa noche, Bertita dió muchas vueltas en la cama, antes de entregarse al sueño. Al despertar, pensó en su abuelita, y al oír la voz de su padre, corrió a su lado sollozando con pena.

—Papá... papá... yo no quiero ser mala. Hoy tomarán mi fotografía y todos han de creer que yo vestí la muñeca de tanto valor... esa muñeca, papá... esa muñeca es “La Justicia”.

—Es verdad, Bertita, ¿y por qué lloras?

—Porque yo sé lo que es justicia. Creía que era muy difícil y no entendía a mi abuela, pero ¿quién no lo sabe? Por lo pronto, no es justicia permitir que publiquen mi retrato y alaben mi buen gusto, cuando en realidad es abuelita la del mérito: ella cosió el vestidito de la muñeca y ella acertó con el traje que había de atraer las miradas de los asistentes al remate. Ella, ella; ¡tan buena!... también me dijo que “La Justicia” premia o castiga con los ojos vendados, sin olvidar de advertirme que me explicaría un día lo que significa justicia. Anoche dormí mal, pensando que la muñeca, enfadada, me ordenaba que llevase a mi abuela frente a la comisión de señoras.

—Sonríe, hijita —dijo el padre—. Hoy es el día de más contento para ti, porque obrarás conforme a lo que manda “La Justicia”. Llevaré a tu abuelita y pediré que la retraten a tu lado.

—Estoy encantada, papá, y te prometo reír mucho, siempre que todos sepan que no fui yo, sino abuelita, quien vistió la muñeca.

Los diarios y revistas publicaron las fotografías de la anciana y la niña. En casi todos leíase: “Honor a La Justicia”, la muñeca más original, vestida por doña Berta Luz de Real y donada por Bertita Real.

Los Reyes Magos olvidaron a muchos niños que no tenían zapatos para sostener sus regalos; pero el dinero que se obtuvo por medio de "La Justicia", alcanzó a reemplazarlos, llenando las manos de muchos pequeñuelos con cosas muy bonitas que los dejaron contentos, creyendo así en el paso y la bondad de los "Reyes Magos".

Un día de lluvia y de sol

—¿TE vas, Justino? ¿Y si llueve? —preguntó María Julia a su hermano, al ver que tomaba el sombrero para salir.

—Me voy. No puedo perder este partido de fútbol que promete ser tan interesante.

—¡Qué suerte tienes! ¡Qué alegría la tuya! Después de todo, haces muy bien en aprovechar los días de fiesta.

—Hasta luego, María Julia. Oye: regresaré lo más temprano posible. No te quedes mucho tiempo en la puerta de calle, porque podría hacerte daño — agregó el joven, saliendo apresurado de la casa.

María Julia quedó como atontada, pues jamás contradecía a su hermano. Al poco rato se apoyó en la muleta que le servía de sostén, ya que su piernita izquierda, encogida después de una fiebre, no alcanzaba a tocar el suelo. Se dispuso entonces a levantar con cuidado los platos, los cubiertos y los vasos que aun quedaban sobre la rústica mesa, cubierta con un mantel a cuadros verdes y blancos.

Esa mesa era el encanto de María Julia: ahí servía a su hermano, conversaba con él sobre la venta de diarios y seguía con entusiasmo sus palabras y adema-

nes cuando le narraba las maravillas que hacían con la pelota los jugadores de fútbol.

Los domingos y los días festivos eran muy tristes para María Julia. Por costumbre, como lo hacen muchas niñas, se ataviaba con el mejor vestido y peinando su melena lacia de flequillo desigual se sentaba junto a la puerta de calle sobre un banquito, segura así de que se trataba de un día de fiesta.

Distraída, miraba con sus ojitos verdes los tranvías, ómnibus y automóviles que cruzaban repletos de pasajeros sin ocuparse de ella.

¿Y por qué habrían de hacerlo? Bien lo sabía María Julia; era chiquilla, pobre, tristonra y defectuosa.

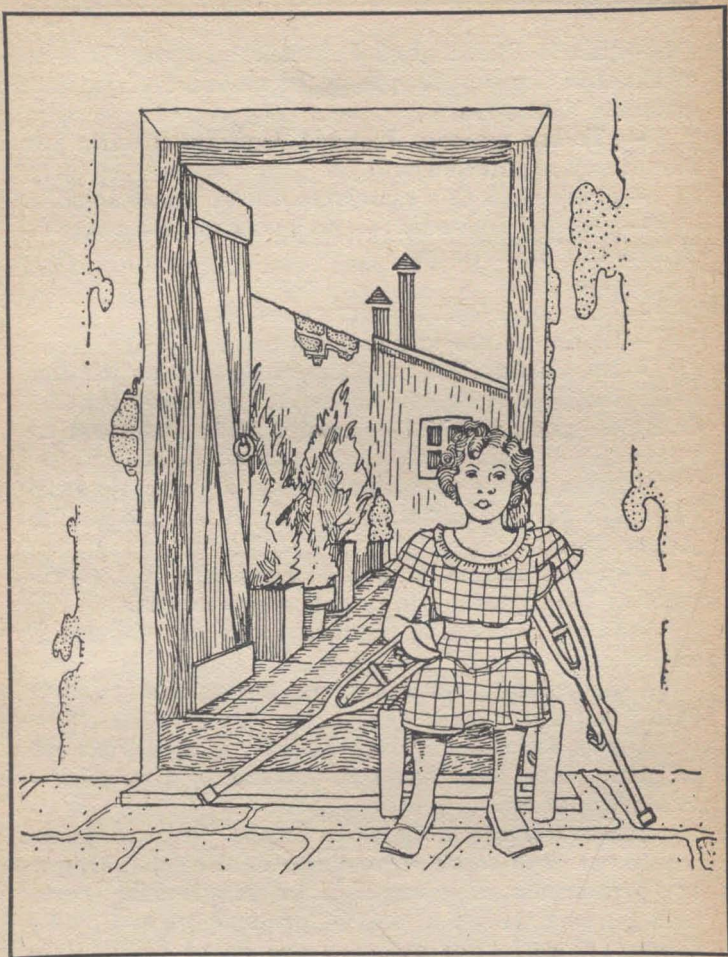
No bien hubo terminado de barrer el cuartito que le servía de cocina y comedor, brilló un relámpago al que siguió un trueno.

—¡Qué fortuna! — exclamó la niña apoyándose con más seguridad sobre la muleta para dirigirse al patio y mirar el cielo. ¿Vendrá Justino? Con esta calamidad de tiempo no habrá partido... ¿Y si así ocurriese?

Hablando para sí, se encaminó al baúl de donde sacó con cuidado los zapatos nuevos, el vestidito azul con motas blancas y las medias de seda color carne que con tanto orgullo había comprado a un vendedor ambulante.

—Hoy vale la pena vestirse. ¿Será linda la vista? Justino prometió llevarme al cine el primer domingo de lluvia, el primer domingo que suspendiesen el fútbol. ¡Al cine! — repitió en alta voz.

En eso oyó los pasos de su hermano a tiempo que decía:



Distraída, miraba con sus ojitos verdes los tranvías...

—¡María Julia! ¡Qué desgracia! Ya regresan los muchachos anunciando que no se realizará el partido. Lluve a cántaros.

—¡Te has mojado, Justino? Quítate el saco, por favor; voy a plancharlo.

—¡Para qué? Con semejante día es imposible salir.

—¡Te has olvidado? — preguntó la niña mirando fijamente a su hermano.

—¡De qué?

—Justino... es... que... pues bien...

—Habla, parece que tuvieses miedo.

—No, Justino. Tú no piensas más que en los días brillantes de sol; en cambio, yo... yo espero los días de lluvia. ¡Lo adivinas? — agregó María Julia con un sollozo.

Justino miró a su hermanita con el entrecejo fruncido para dar así con la adivinanza, hasta que concluyó por decir:

—¡Tienes razón! Por algo se ahogó el fútbol. ¡Quieres salir? Me parece que es eso lo que deseas.

—Si así lo crees tú también... ¡Y si fuéramos al cine?

—Encantando, ya sabes que me agrada. ¡Vístete cuanto antes!

María Julia sintió gran alegría, y a saltitos con su pierna sana llegó hasta el dormitorio, disponiéndose a arreglarse.

Mientras tanto el aguacero cesaba. Un rayo de radiante sol cayó sobre el vestidito de María Julia que aun permanecía sobre una silla. La niña lo miró espantada y no se atrevió a tocarlo, pensando para sí: "No llueve. ¡El sol! ¡Por qué, por qué habrá brillado sin dejarme salir?"

Se cubrió los hombros con un gran pañuelo y, dirigiéndose al patio, encontró a su hermano entretenido en mirar las nubes.

—Justino, Justino, ¿por qué no vuelves al campo de fútbol? Si no se lleva a cabo el partido que esperabas habrá otro amistoso que dé lugar a que los muchachos se diviertan. Mira: ya corren las nubes, ha refrescado, se alcanza a distinguir el azul del cielo y el sol, ¡el sol!... el sol que tanto te gusta los domingos, brilla con más fuerza. ¿Por qué no vas a reunirte con tus compañeros? ¡Te gusta tanto!

El joven miró a su angelical hermanita y le pareció más hermosa que otras veces. Le dió un beso y se atrevió a decirle:

—¡Gracias, muchas gracias, María Julia! Parece que hubieras adivinado mi pensamiento; ya sé que tú te entretienes de todos modos, sentadita junto a la puerta de calle mirando a los paseanderos.

—¡Es cierto, Justino!

El joven tomó el sombrero y salió sin volver a mirar a su hermana. En la esquina se detuvo forzosamente para esperar el ómnibus que debía conducirlo a Palermo. En eso estaba cuando se le acercó un hombre que sostenía una nena de la mano y le preguntó:

—¿Podría decirme si pasa por aquí el tranvía que va por la calle Santa Fe?

Sin esperar contestación, la nena agregó:

—Por frente al cine... el tranvía que nos lleva al cine...

—Sí, señor — respondió Justino.

El hombre levantó en brazos a la criatura, que a duras penas podía caminar, e hizo señas para que se detuviera el tranvía que ya se acercaba. Las piernitas

delgadas de aquella niña que sonreía al sentirse sostenida por unos brazos fuertes, temblaban como cintas colgantes agitadas por la brisa, a consecuencia sin duda de alguna enfermedad.

Justino quedó con la vista fija en el tranvía que desaparecía a todo escape, sin acordarse del ómnibus que aguardaba. Sacudió de pronto la cabeza como para despertar de un sueño y corrió de vuelta a su casa.

—¡María Julia! — exclamó al entrar. ¿Estás lista?

Sin saber lo que ocurría, la niña, que se hallaba recostada en la cama con la carita bañada en lágrimas, se incorporó a tiempo que su hermano entraba en la habitación.

—¿Por qué lloras? ¿Qué haces en cama?

—Nada, Justino... no te preocupes. ¿Y tú? ¿por qué regresas?

—¿Me lo preguntas, picarona? ¡Vaya, vaya! Quiero salir contigo, eso es todo.

—¿A pasear? ¿Me llevarás hoy — preguntó llena de gozo María Julia, combiando sus lágrimas de tristeza por unas más brillantes de puro contento y alborozo.

—Sí... pronto... verás una de las vistas más lindas.

—¿Por qué? ¿No hay partidos de fútbol?

Justino sin responder, salió del obscuro aposento y fué a tomar un vaso de agua. Algo molestaba su garganta, esa garganta de canillita que apagaba con sus gritos los de los demás vendedores de diarios. Era el llanto de la vergüenza, era el llanto que lo ahogaba al sentir que hubiese dejado sola a su hermanita, al pensar que había sido muy malo con ella.

Apareció entonces María Julia con su lindo y vis-



Justino.

toso trajecito. Justino sonrió, sintiendo una alegría que no había conocido hasta entonces.

Tomó en sus brazos a María Julia, diciéndole:

—Es preciso que lo sepas.

—¿Qué, Justino?

—Estoy sano, soy un muchacho con fuerzas que sabe ganarse la vida; pero eso no basta, debo acordarme de los que pasan el día solos, de los que también trabajan y están enfermos, de las niñas buenas que necesitan pasear los domingos y los días de fiesta.

—¿Y quién te lo ha enseñado? ¿Verdad que no he sido yo? —replicó María Julia algo asustada.

—¿Tú? No lo sé. Por de pronto, ha sido un desconocido, un hombre que me hizo una pregunta: el padre, el hermano, el tío, el amigo... de una nena sin fuerza en las piernas, de una nena risueña de ojos muy grandes, de una nena de vestidito bien planchado, de una nena que no sentía su mal porque tenía quien la llevase a pasear. Me acordé, entonces, de mi María Julia. Te vi sola, sin compañeras, sin fuerza, sin más sostén que la muleta y... entonces... entonces —agregó el joven bajando la cabeza.

—¿Entonces, Justino?

—Sentí vergüenza de mi egoísmo.

—¿Egoísmo? ¿Qué es eso? ¿Algo tan feo como para avergonzarte?

—Sí, María Julia: es lo peor. Egoísmo es lo contrario de generosidad. El egoísta no piensa más que en sus diversiones y quiere todo para sí...

—Pero tú eres generoso. ¿Acaso no sostienes la casa con tu trabajo?

—Eso no es suficiente, María Julia. Yo quiero ser hombre, quiero ser tu apoyo, quiero ser realmente ge-

neroso regalándote mis horas de recreo para darte alegría, para que te rías y te diviertas a mi lado.

—Sí, Justino... si supieras cuánto me gusta estar contigo! Entonces siento que me proteges... ¿De manera que ahora eres un hombrecito? Ya has dejado de ser un chiquillo, el chiquillo, el chiquillo...

—¿Qué chiquillo?

—¿El chiquillo mimado y egoísta?

—Sí, María Julia, me siento un hombre y... la mimada serás tú.

Los hermanos salieron de la humilde casita acariciados por un sol radiante: radiantes ellos también al calor de sus corazones generosos.

Y cuentan que ya no se preocupan de los días de lluvia o de sol, como no han de preocuparse también los que se quieren y se ayudan como Justino y María Julia.

La gitana

VEN, Ramiro: tu maestra, la linda señorita Julia me ha prevenido que no pasarás a cuarto grado por tu desaplicación. Le prometí que estudiarías. Levanta tu cabeza, mírame, Ramiro, y dime que lo harás.

—Sí, mamá, lo haré.

—Déjame que te bese, pórtate bien y serás el más querido de la escuela.

—Bueno, mamita; pero... ahora que recuerdo, me espera un amigo.

—Puedes jugar un ratito, siempre que vuelvas con tu amigo y te dispongas a estudiar.

—¿Sabes quién es? El hijo de unos gitanos.

—¿Qué dices? ¿De los que han llegado al corralón desocupado?

—Sí, mamita. ¡No te asustes! ¡Es tan bueno!

Le dí unos caramelos y unas bolitas y se quitó la gorra dándome las gracias. Luego me dijo que su madre me adivinaría lo que yo quisiera saber. Sí, mamá; no te alarmes, pues es la mujer de las dos trenzas, de vestido ancho, de aros grandotes, esa es la madre de José; parecida a la madre de abuelita, esa que está retratada con tu familia. ¿Sabes cómo se llama? Lola Rubí.

—¿Quién te ha contado todo eso?

—Yo lo aprendí. Los chicos de la escuela se burlan de José y, en cuanto lo ven, lo llaman: ¡gitano, ladrón! y huyen de su lado como si fuera un perro rabioso. De mí también se burlan y me llaman... ¡desaplicado! El otro día, el gitanillo José me saludó sonriendo y me pareció ¡tan bueno y tan lindo! ¡No quieres que lo hable, mamá?

—Si te ha parecido lindo y bueno, ha de serlo, porque las caritas de los niños no engañan, Ramiro. Puedes hablarle sin entrar al corralón porque no conozco a los gitanos.

—Hasta luego, mamá —respondió contentísimo Ramiro.

Salió entonces corriendo al encuentro de su nuevo amigo.

—¡Hola, José! —exclamó al verlo—. ¡Qué cuentas?

—Mi madre, Lola Rubí, quiere verte de cerca, dice que eres un mozo sano y bueno —contestó el gitanillo.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque adivina; y además está contenta por los caramelos y las bolitas que me regalaste. Ven, quiere encontrar en tus manos la fortuna que te espera.

—Aquí tienes unas galletitas, José. Vamos, llévame... pero... ¿que veo? Ahí viene, ahí viene la gitana.

Y en verdad, se acercaba con paso lento una mujer de ojazos negros, que dejó como una estatua a Ramiro.

—Buenas tardes, conque ¿este es el mozo? —dijo señalando al niño con un dedo cargado de anillos.

—Sí, madre. Quiere la suerte, quiere saber... yo no sé lo que quiere saber... —contestó el gitanito sonriendo.

La gitana continuó su camino y los chiquillos la siguieron hasta el portón del corralón. Se detuvo a la entrada y tomó asiento sobre un barrilito.



—Déjame adivinarlo por las líneas de tus manos...

—¿Cómo te llaman? — preguntó al amigo de su hijo.

—Me llaman Ramiro.

—Y... ¿qué quiere saber Don Ramiro?

—Quiero saber si pasaré de grado.

—¿De grado? ¿Eres militar? ¿Teniente o capitán? ¿Si llegarás a general? Déjame adivinarlo por las líneas de tus manos — agregó, tomando la izquierda de Ramiro.

—Eres muy bueno, recibirás un premio y muchos regalos.

—Pero, señora gitana; yo quiero saber si pasaré al cuarto grado de mi escuela, para estar seguro ¿me entiende? Dicen que soy un desaplicado. ¿Qué podría hacer para que no se burlasen de mí? Ayúdeme, haré lo que usted mande para dejar contenta a mamita y para que me quiera la directora y la señorita Julia.

La gitana sonrió y acariciando la cabeza encantadora de Ramiro, le dijo:

—Esta línea de la mano que parte del pulgar y esta otra... del...

—¿Del índice? preguntó el niño.

—Del mismo. Pues bien, esas líneas dicen que has de estudiar diez minutos todos los días, estas otras con muchas ramitas ordenan que escribas con cuidado lo que manda la maestra: saldrás premiado, recibirás besos y libros. Llegarás a ser un hombre de fortuna que jamás olvidará a la gitana Lola Rubí y a su hijo José.

La mujer se levantó, dió las buenas tardes y entró al obscuro corralón.

Ramiro se sintió contento; veíase ya el mejor alumno de la escuela, parecíale escuchar los aplausos al recibir su certificado con notas sobresalientes.

José le sacudió un brazo y Ramiro lo miró sin saber qué decir, hasta que de pronto, como si despertase

de un sueño, exclamó: —Hasta mañana, me voy a estudiar.

Entró a su casa corriendo y al no encontrar a su mamá, se dirigió hacia la cartera donde guardaba sus libros. Buscó la mesa grande, y por cierto, se instaló en la del comedor, derramando libros, cuadernos y lápices. Al recordar las recomendaciones de la gitana, miró el reloj para no estudiar más que los diez minutos indicados. Tomó con seriedad el libro y comenzó a leer en alta voz deteniéndose en puntos y comas conforme a las explicaciones de la señorita Julia. Leyó y volvió a leer unas cuantas veces, hasta que al oír los pasos de su madre levantó la cabeza y sus ojos se fijaron en la esfera del reloj.

—¡Media hora! —exclamó—. ¡He leído media hora! ¡Cómo corren las agujas!

Cerró el libro y buscó afanoso el cuaderno donde había anotado sus deberes.

—¡Aquí está! —dijo para sí. Con el codo izquierdo sobre la mesa, apoyó la cabeza en la palma de la mano donde la gitana había leído su porvenir y así, pensó y pensó, concluyendo por escribir con cuidado en una de las hojas de su cuaderno hasta entonces desprolijo, llenito de correcciones:

La lluvia

—“La lluvia refresca las plantas, humedece la tierra y reverdece los pastos que sirven de alimento a los ganados. La lluvia como el estudio riega y hace muchísimo bien...”

Y así Ramiro continuó con frases muy bonitas hasta terminar con su firma, orgulloso de su aplicación.

—Llegaré a ser el primero, pasaré de grado y... ¿sucederá lo que dijo la gitana? —decía el niño el ex-

tender los brazos con un suspiro, después de un trabajo al que no estaba acostumbrado.

Cerró con cuidado la cartera, más contento que un chiquillo mimado cargado de juguetes maravillosos.

Naturalmente, su maestra lo felicitó. Ramiro sintió que sus carrillos ardían como fuego y que sus ojos se llenaban de lágrimas al pensar en la gitana, sin fuerzas para contar a la señorita Julia su porvenir y su suerte.

Día tras día siguió adelantando hasta conseguir las más altas clasificaciones. Sucedió que una tarde encontró a la gitana y se quitó la gorra como lo hacía ante las amigas de su mamá. Lola Rubí sonrió, llamándolo desde la vereda opuesta con una mano cargada de vistosas sortijas. Ramiro cruzó la calle y, mirándola con sus ojitos brillantes, le dijo:

—¿Sabe que es usted una adivina de verdad? Ha sucedido todito lo que usted leyó en las líneas de mi mano.

—Yo no adivino, Ramiro. No lo creas. No hice más que decirte lo que todo niño que desea llegar a ser algo bueno, debe hacer. Tú me has escuchado, eso es todo. No hay duda que tu madre y tu maestra también en otros tiempos te habrán dicho lo mismo, ¿no es cierto?

—No lo sé; pero usted... ¿no es adivina? Entonces... adivinar será decir que nos irá muy bien si nos aplicamos y que acabamos mal si no trabajamos... ¿Es así?

—Así es, cachito de sol; así es, alegría de los viejos, así es, promesa de la tierra; así es, Ramiro. Llegarás a ser un hombre fuerte y valiente. Cree siempre, Ramiro; cree en las palabras de las madres, cree en el estudio,



Buscó la mesa grande, y por cierto, se instaló en la del comedor...

crece en la fortuna que te espera y ayuda a los que crecen a tu lado.

Desapareció entonces Lola Rubí, pensando en la bondad de Ramiro, quien se había acercado siempre con cariño a su hijito José cuando los demás niños huían de su lado como si fuese un animal feroz.

Llegaron los esperados exámenes y los cuadernos de Ramiro fueron expuestos en la dirección de la escuela. El desaplicado de otros tiempos recibió como premio a su laboriosidad varios libros de cuentos y muchos aplausos.

Al llegar a su casa, Ramiro dijo a su mamá:

—Quisiera abrir mi alcancía.

—¿Qué piensas comprar?

—Un regalo bonito para la gitana.

—¿Por qué, Ramiro? ¿Qué debes a esa mujer?

—Voy a contártelo. No te lo dije porque deseaba sorprenderte. La gitana leyó en mis manos la fortuna que habría de alcanzar siempre que dedicase unos minutos al estudio. Trabajé sin descanso. Me costó mucho al principio, pero después fué tan fácil, que ahora estaría siempre entre libros y papeles. ¡Fué tan buena Lola Rubí! Y a eso le llaman adivinar... No te enojés, mamita, no la vayas a reprender.

—Corramos, Ramiro. Llevemos tu alcancía, todas las flores de mis plantas y el canario que mejor canta. Pronto, hijo mío; vamos pronto, pronto.

Y así llevaron sus manos con presentes para Lola Rubí, encaminándose al corralón de los gitanos. Al llegar encontraron el portón cerrado y golpearon con fuerza.

—¿Qué buscas? —preguntó un vecino.

—A los gitanos.

—¿A los gitanos? Partieron esta mañana. La policía ordenó levantar su campamento porque dicen que se trata de muy mala gente... hacen daño... advinán...

A la mamá de Ramiro se le cayeron las flores de las manos y quedó muda de pena, pues las lágrimas le impedían hablar... Ramiro fijó sus ojos espantados en los del vecino, hasta que por último con voz apagadita se atrevió a decir:

—Vamos, mamá... parece que no conocen a la gitana... los buenos pasan y se van... estas monedas volverán a la alcancía y, si algún día la encuentro, serán para ella... los buenos se han ido sin recibir ni las gracias.

Madre e hijo regresaron muy tristes a su casa. Cuentan que hasta ahora observan a cuantos gitanos encuentran, preguntándoles:

¿Han visto por ventura a Lola Rubí? En sus andanzas no han tropezado con la gitana hermosa de habla castellana que luce largas y tupidas trenzas? ¿Es posible que no se hayan detenido a contemplar a la de ojazos negros y tristes, a la de tostado y reluciente rostro, a la buena mamá del gitanillo José?

Pero hasta ahora todos sacuden la cabeza y levantan los hombros como para decir: "No, no la hemos visto".

Y así dejan a Ramiro y a su mamá, sin saber qué ha sido de la que supo conducir al desaplicado, nada más que por los caramelos, las bolitas y las galletitas que el desaplicado un día ofreció a su hijito José.

Pepita de oro

DON Fernando —el patrón de la peonada— esperaba el toque del silbato que habría de anunciarle la hora del trabajo, reclinado contra el marco de la puerta de una de las tantas casillas de madera que se levantaban al borde de un manantial. De pronto fijó la vista a lo lejos y exclamó para sí:

—¡Ui! ¿qué veo? Pues... ¿quién puede ser? Mi ayudante... siempre madrugador como los pájaros y como las avecillas que se zambullen en la corriente de agua fresca... No sin razón, lo llaman Pío-pío. ¿Qué traerá? Parece que carga un animal. ¡Ah, pillete!

Y en efecto, ya se acercaba Pío-pío sosteniendo entre sus brazos desnudos, algo envuelto en un ponchito.

—¡Chit! No la asusten... cuidadito.

—Habla... explícate... ¿será un cachorro?

—Aquí la tiene —respondió Pío-pío, dejándola sobre el suelo.

—¡Qué espanto el de don Fernando! Abrió los ojos, las manos y la boca, hasta decir por fin:

—¿Qué has hecho, Pío-pío?

—No sé, patrón. La encontré junto a las piedras del torrente que corre a menos de media legua... solita, dormida, abandonada... ¿qué más podía hacer?

Al inclinarse para contemplarla descubrí este papel prendido al poncho; aquí lo tiene.

De un vistazo, don Fernando leyó el contenido, que así decía: "Una nena sin padres que pide asilo y cariño a los brazos que la amparen."

—Oiga, don Fernando —añadió Pío-pío—, podríamos albergarla... la cuidaremos y... será la hijita de todos. Petronila, la viejita del rancho del valle, nos ayudará, sin duda.

Sonó el silbato, aparecieron los peones y lloró la recién venida entregando sus ojitos entreabiertos.

Rodearon todos a la nena graciosa que envolvía el ponchito y así escucharon el relato de Pío-pío.

—A propósito —dijo don Fernando—, ya que estamos para recoger el oro en pepitas que nos trae la corriente, ¿por qué no levantar a este trocito de gloria depositado sobre la arena que tantos tesoros y tantas sorpresas nos regala? Seamos los padres de esta pepita que nos sonríe y extiende sus bracitos pidiendo protección...

—¡Viva don Fernando! ¡Viva Pepita de Oro! —exclamó la peonada con entusiasmo. Desde ese día, la nena del poncho se llamó "Pepita de Oro". Sus rizos brillaban día tras día con más resplandor que el metal bruñido y así fué adquiriendo más valor que los granitos de oro que salpicaban la arena.

Viejos y jóvenes reían cuando al atardecer daban impulso al columpio fabricado por Pío-pío, que levantaba a Pepita de Oro, haciéndola exclamar:

—¡Más fuerte! ¡Más alto!

Otras veces, jugando al escondite entre las piedras, alarmaba a Pío-pío, que no lograba encontrarla, entre



...ya se acercaba Pío-Pío sosteniendo entre sus brazos desnudos algo envuelto en un ponchito.

el alboroto de los más severos y la seriedad de los más alegres.

El caso es que la peonada ya no sabía lo que era sentirse cansada, ni mucho menos, malhumorada.

—¡Cuánto lo puede una nena! —dijo una mañana Pío-pío a su patrón.

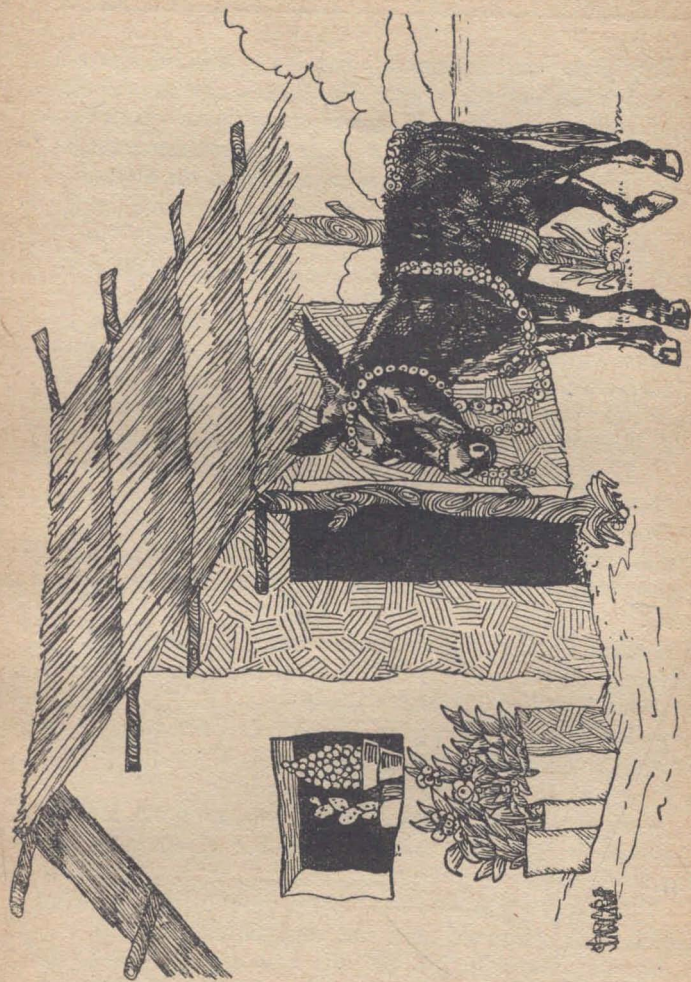
—Sí... todo lo puede. Pepita de Oro es la muñeca con vida que nos hace bajar la cabeza, entreabrir la boca y levantar los ojos para mirarla atontados. Toda vez que la dejamos en el ranchito de Petronila para emprender marcha a través de aluviones, ¿no has notado la tristeza de la peonada? ¿No has observado la alegría con que regresa al valle donde Pepita de Oro llora, canta y sonríe?

—Sí, patrón.

Un burrito engalanado con flores, cintas y campanillas paseaba a la nena por entre senderos cercanos al rancho de Petronila; unas veces empacándose y otras a la carrera, divertía a la pequeñuela, que no cesaba de amonestarle, exclamando:

—“Arre, arre, burrito del valle, que si no arres, Pepita de Oro no te ha de montar”. —Y el animal, obediente a su amita que lo fustigaba con una rama, corría hasta detenerse frente a la caverna junto al manantial. Ahí, entre piedras, Pío-pío había levantado el palacio de juguetes que entretenían a Pepita de Oro: juguetes que don Fernando encargaba a la ciudad y que llegaban por ferrocarril entre ajuares y golosinas para la hijita de todos.

Llegó el día en que los trabajadores debían abandonar el lugar y muy apenados convinieron en que Pepita de Oro fuese vigilada por don Fernando e internada en la mejor escuela de la Capital.



Un burrito engalanado con flores, cintas y campanillas, pasaba a la nena

Partieron en camiones hasta la estación, no sin gran dolor de Petronila, que no quiso dejar su rancho y su burrito, prometiendo guardarlos y embellecerlos hasta el día en que visitaran de nuevo el lugar maravilloso donde habían encontrado a Pepita de Oro.

Y así fué, como lo es para todas las nenas: la escuela se hizo cargo de su personita delicada y vivaz, instalándola entre cuadernos y libros. Y en la escuela, las florecillas silvestres solían tan sólo adornar jarrones sin el perfume y el colorido de las que crecían en el valle; los fragmentos de oro adornaban dedos y orejas, convertidos en anillos y pendientes, sin aquella pureza de los que arrastraba la arena; los rostros buenos de sus maestras no alcanzaban a ser tan atrayentes como la de aquellos peones que todo lo cedían y todo lo ofrecían; Pepita de Oro saltaba por el patio cercado por paredones, pensando en el burrito que sin muros ni baldosas, levantaría el hocico y emprendería la carrera sobre la mullida alfombra del arenal, mientras que ella...

Pepita de Oro, como los arbustos, fué creciendo y creciendo, hasta que un día la Directora la entregó a don Fernando, no sin antes decir:

—Le devuelvo una joya; Pepita de Oro se ha dejado pulir como el más noble de los metales y hoy puede lucirla como la más preciada de las alhajas.

—Sí —respondió don Fernando—, como un cachito de metal, la hijita de todos ha perdido el encanto que guardaba: frescura y libertad.

—Y tú, Pepita de Oro, ¿qué dices? ¿qué piensas hacer? —le preguntó una de sus profesoras.

—¿Yo? Seré lo que ustedes han querido hacer de mi persona: una joya para el mundo. Sin olvidar mi

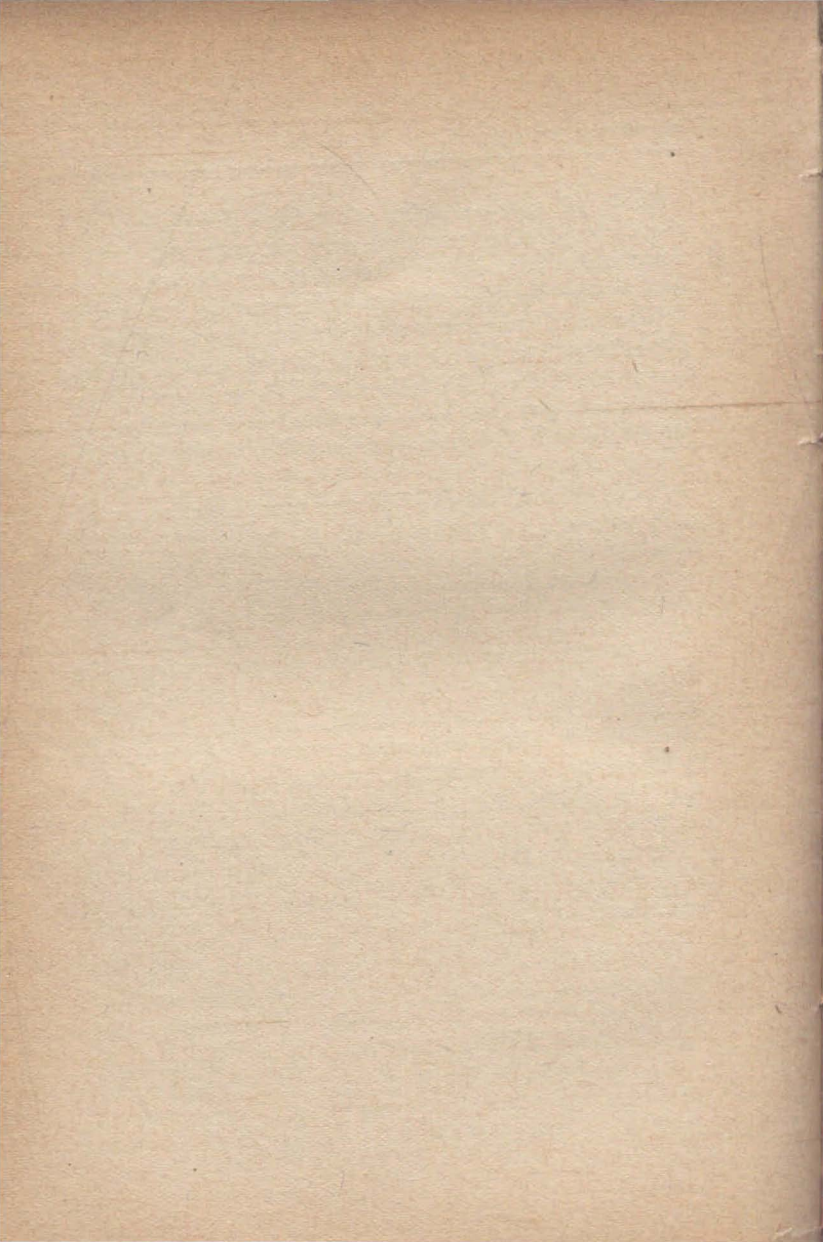
origen, ni aunque sufra los golpes del dolor, como el metal los del instrumento que los pule, me conservaré Pepita de Oro, la de la corriente y la arena, cuando esté entre los que me quieren, cuando no tenga que brillar por fuera entre el enjambre de los desconocidos. ¡Qué importan las luces y las formas que la escuela me haya dado, si en el fondo soy la Pepita de Oro que envolvía un poncho, la que montaba el burrito, la que jugaba con los peones y saboreaba el mate en el rancho de Petronila?

Don Fernando dejó correr unas lágrimas y abrazó a la modesta y valiosa hijita de todos.

*

* *

Los que viajando tropiecen con un conjunto de casillas muy bonitas, a orillas de una corriente, han de leer en lo alto de las mismas: "Pepitas de Oro". Ahí se asilan las niñas delicadas; montan burritos, juegan al escondite, se zambullen, cantan y brincan, sin ignorar, por cierto, que en ese lugar fué hallada la hijita de todos, y que en su recuerdo, don Fernando y la peonada, hicieron levantar un caserío para recreo y salud de muchas de las pepitas de oro que guarda el mundo: las nenas.



La murga

PELUSA sueña con un traje de arpillera y una gale-
ra de cartón. Chacho, Ratín, Pocho, Coral Tito y
Panchito quieren también disfrazarse para Carnaval.
Pelusa, con la autoridad que ha ganado al pasar al
cuarto grado a pesar de sus nueve años, se acerca al
grupo que discute en la vereda, diciendo en voz alta:

—¡Ya está! Sepan ustedes que mi tía Milagros cose
más ligero que la máquina y corta más presto que un
sastre. Botón por acá, botonazo por allá, y en un peri-
quete tendremos siete trajes de frac de arpillera a cual
más elegante y llamativo.

—¡Bravo, Pelusa! —exclamaron sus compañeros.

—¿Y las galeras? ¿Y la música? —preguntó alar-
mado Pocho.

Panchito, aunque chiquitín despeinado y cara su-
cia, también ofreció algo de su parte y dando un ma-
notón sobre el hombro de Pelusa, dijo al punto:

—Vamos... pronto, a lo de mi abuelo, el remen-
dón que trabaja en lo del vasco don Mariano.

—¿El zapatero? ¿Para? —interrogó Pelusa.

—¡No, hombre! ¡Qué zapatos ni qué alpargatas!
Necesitamos cartón, betún y barniz. Mi abuelo... ¡Ah,
ustedes no saben quién es mi abuelo! Zapatero, albañil,
sombrerero, sastre, peluquero... ¡ya verán!

Y así diciendo, los siete chiquillos llegaron hasta lo del vasco don Mariano. Frente al mostrador, el abuelo, de la mañana a la noche, claveteaba y remendaba cuanto botín imposible caía en sus manos habilidosas. El negocio de don Mariano marcha, el negocio que allá en Barracas luce una gran alpargata colgada a la entrada, de puerta amplia y dos escalones altos que los chiquillos deben gatear para lograr subirlos.

—¡Abuelo! ¡Buenas tardes, abuelo!

El anciano de delantal azul miró por encima de sus anteojos sin levantar la cabeza y al ver a Panchito, sonrió preguntando:

—¿Qué pasa, pilluelo?

—Estos son mis amigos. Estos son los que forman la Murga.

—¿La Murga, Panchito?

—Sí, pues... La Murga del carnaval y... usted, abuelito, usted podría hacernos las galeras... son muy poquitas: siete, nada más. Muy fáciles; el patrón, don Mariano, nos puede ayudar, dándole unos cartones viejos y... entonces usted podría unirlos con barniz, con goma o betún... ¿Ha oído?

—Sí... he oído. Mis orejas no se cierran cuando mi nieto habla. ¡Quién fuera chiquitín como tú! Te contentas con bien poco. Cuando era niño, ¡qué tiempos aquéllos! Yo fui niño en un entonces: pues bien, en aquel entonces, me disfrazaba de mujer.

—¿De mujer, abuelo?

—Sí, de mujer, aunque... una vez me vestí de conde. Bien, tendrás siete galeras. ¿Y los trajes, Panchito?

—Este es Pelusa, y su tía Milagros nos hará los



El abuelo, de la mañana a la noche, claveteaba y remendaba cuanto botín imposible caía en sus manos habilidosas...

sacos con dos colas, los pantalones bombilla y los botones como platos.

—Bien por la tía de Pelusa. Ahorita dejen que termine mi trabajo. Hasta luego.

—Hasta luego —contestaron los siete pilletes, saltando de alegría.

Ratín, el flacucho, el pecoso, el sonriente, se atrevió a decir:

—Ahora vamos a lo de mi tío Manolo; él se encargará de la música y nos sacará del último apuro.

—¡Adelante, muchachos! —exclamó tío Manolo al verlos, encantado de poder dar algunas lecciones de canto. Dispuso a los niños en rueda y, con gesto de mando, comenzó a enseñarles la marchita de ensayo:

Rataplín... rataplán,
Rataplán... rataplán
Para pan, pin, pin,
Para pin, pan, pan.

Y así los pibes cantaron hasta enronquecer, prometiendo volver al día siguiente, y el día siguiente llegó, con algazara de todos, que con gusto entonaron:

Y la Murga va cantando
Y la Murga va cantando
Al tun tun del bombo bo
Y al son son del cornetón.

Requetebien, requetemal,
Soy fulanito de tal.
Requetemal, requetebien,
Soy... ¡quién sabe quién!

La tía Milagros confeccionó, por cierto, el traje de arpillera para Pelusa, quien dejó, naturalmente, con la

boca abierta a todos los de la pandilla. Con cierto temor, Pelusa se acercó a su tía y en voz bajita, le dijo:

—Ahora, tía Milagros, me faltan seis trajes.

—¡Seis trajes! Pero... ¿me has confundido con una sastrería?

—No, tía, no hay tal. ¿Quién como usted los hará igualitos? ¿Quién tan bonitos y prolijos? Todos dicen que usted posee manos de hada... y hada será, sin duda, si logra dejar contentos a los pobrecitos del barrio. El abuelo de Panchito es un zapatero remendón, pero... ¡tan bueno! Ya tiene preparadas las siete galeritas, siete tubos que son un primor y... usted comprende... yo no quiero que mi tía sea menos que el abuelo remendón.

—Todo está muy bien, pero ¿tú no sabes que mi trabajo es el más pesado?

—Sí... sí... ¡cómo se conoce que usted no es varón! —agregó sollozando, Pelusa—. También se conoce que no saben lo que son los chicos... no... no... no... nos comprende.

—Bueno, Pelusa, seca tus lágrimas y dile a tus amigos que vengan mañana: los vestiré a todos, pero con una condición: para Carnaval no se alejen de casa, ni regresen muy tarde.

Pelusa sonrió y salió corriendo a llevar la noticia a sus compañeros.

Un bombo de cartones y latas, unos platillos, un cornetín y un silbato fué todo lo que preparó tío Manolo para la orquesta.

Llegó el famoso día y a las once púsose en marcha "La Murga del Barrio Barro", con gran aplauso de los vecinos y risas de la mamá y de la tía de Pelusa, del abuelo de Panchito y del tío de Ratín. De café en café,

de almacén en almacén, fué la Murga llevando alegría a los pequeñuelos de los alrededores.

El caso es que los chiquillos, contentos, aunque cansados, se reunieron en lo de Pelusa para contar las monedas recolectadas por Pocho, el más formal. ¡Tres pesos con cincuenta centavos! Por ser el primer día, no lo encontraron mal: ¡cincuenta centavos para cada uno!

“Esto no es justo” —dijo para sí Chacho—. “Lo consultaré a Coral, una vez que Pelusa haya desaparecido.”

Y, en efecto, así lo hizo.

—Me parece que la tía Milagros ha gastado tiempo y dinero; por consiguiente, merece un buen regalo adquirido con lo ganado el primer día.

—Muy bien, Chacho. ¿Y con qué podríamos obsequiarla? ¿Bombones?

—No... ¿no ves que no se trata de una nena?

—Pues, un tarro de dulce: al fin y al cabo, la atención es lo que vale.

Pocho se encargó de comprar el dulce y una lata de galletitas.

El obsequio fué admirado por todos los chiquillos y tío Manolo agregó una tarjeta donde podía leerse: “La Murga del Barrio Barro a la muy buena tía Milagros.”

Al día siguiente, el abuelo de Panchito también recibió un regalo y al tercer día le correspondió a tío Manolo.

¡Qué felices sentíanse los pequeñuelos! ¡Qué momentos de emoción al enviar el pañuelo de seda al zapatero remendón! ¡Qué algazara al elegir la vistosa corbata para tío Manolo!

No soñaron jamás que sus moneditas, convertidas



Llegó el famoso día y a las once púsose en marcha "La Murga del del Barrio Barro".

en obsequios, podrían causar tanta alegría; alegría que ellos sintieron por mucho tiempo y que se traslucía en sus sonrisas toda vez que tropezaban con la tía Milagros o se detenían frente a la puerta de lo del vasco don Mariano, cuando no los sorprendía la guiñada de uno y otro ojo con que los saludaba tío Manolo desde su puesto de conductor de uno de los tantos coches eléctricos que a todo escape salen de la ciudad para cruzar el puente e internarse en Avellaneda.

—¡Ay! Yo quisiera ser guarda —decía Pelusa una tarde.

—No seas tonto... yo... yo preferiría ser artista y lucirme este Carnaval —replicó Panchito al seguir silbando, rumbo al puesto donde sus padres servían churrascos a la peonada del puerto.

Los cuatro amigos

—¡HOLA, Pipo, llegas a tiempo! Van a servir el té.
—Gracias, Pocho. ¿Qué dirá tu papá? Siempre molestándolos y tú... tú no me visitas. ¿Será tal vez porque soy un albañil?

—No, Pipo. ¿Acaso no somos compañeros de banco en la escuela? ¿No nos ayudamos y oímos las lecciones que enseña el mismo maestro? Por otra parte, aquí te quieren muchísimo.

—¿El doctor, también?

—¿Cómo no ha de quererte, si es mi papá?

Así hablaban cuando apareció en el comedor una señora hermosa que enmudeció a los niños como por encanto. Pipo abrió los ojos más que otras veces, mientras sus dedos pellizcaban el guardapolvo y sus labios se entreabrían para decir algo.

—Buenas tardes, querido Pipo. No me mires así, pareces asustado. Y tú, Pocho, ¿no recuerdas que hoy es el cumpleaños de María Albertina, y te esperan en lo del Coronel Campanillas?

—Pero, mamá... mamita... yo no puedo ir...

—¿Qué dices, Pocho? ¿Te sientes mal? Ven, arréglate, no pierdas tiempo discutiendo; ya sabes que Pipo puede volver otro día.

—Sí, señora —contestó el niño—. Volveré mañana, pues quisiera que Pocho me hablara de la fiesta. ¡Es tan linda María Albertina!

—¿La conoces?

—De vista. Muchas veces, al cruzar la vereda, he tropezado con ella en momentos que descendía de su automóvil... Yo creo que las muñecas no ven y como ella es una muñeca, no alcanza a distinguirme.

—¿No ve? Tú irás conmigo a la fiesta y la mirarás tanto que no tendrá más remedio que verte.

—¿Yo? Pero... mira mi delantal raído... además, con estos zapatos no podría presentarme, estoy muy feo. ¡Un albañil!

—Eso no importa, Pipo; estás conmigo y voy a llevarte. Hablaré por teléfono avisándoles que tengo aquí un amigo a quien no puedo dejar solo, y entonces me permitirán que te lleve.

—Pocho, basta de conversación y ven a prepararte —dijo la mamá al terminar el té.

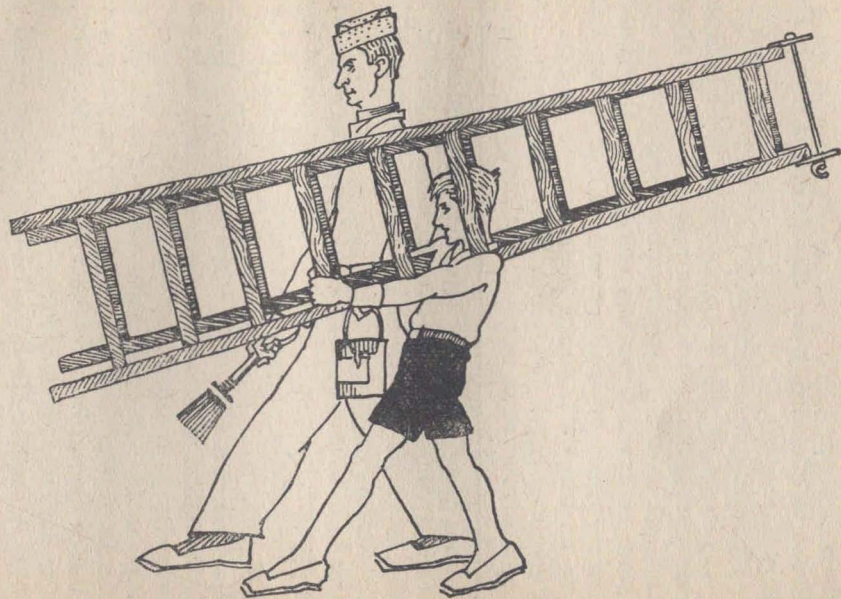
—Voy... pero... ¿no podría prestarle uno de mis trajes a Pipo?

—Con tal que vayas cuanto antes: medias, corbatas, guantes y todo lo que quieras.

Ambos niños salieron presurosos y, en un abrir y cerrar de ojos, se presentaron más peripuestos que un maniquí.

Una vez en lo de María Albertina Campanillas, nadie hubiese conocido al chiquillo que con escalera al hombro acostumbraba a recorrer las casitas con desperfectos en compañía de su padre; modesto obrero de los muchos con que tropezamos en las apartadas calles de Buenos Aires.

Antes de pasar al comedor, una dama suplicó a los



...al chiquillo, que con escalera al hombro acostumbraba a recorrer las casitas con desperfectos...

niños invitados que eligiesen una compañera para conducir a la mesa.

Pochó se adelantó, y con mucha gracia dijo a María Albertina:

—¿Quieres que te acompañe?

—¡Cómo no, Pochó! —exclamó la reina de la fiesta, luciendo una sonrisa encantadora mientras los vaporosos tules que la envolvían parecían querer llevarla muy alto para convertirla en una estrellita deslumbrante. La siguieron parejas lindas y alegres que fueron colocándose en torno a la lujosa mesa.

Pipo no se había atrevido a elegir compañera. Buscaba ansioso una nena sencilla, una chiquilla traviesa, una de las tantas que llenaban las veredas en las tardes de verano; pero nada, no veía delantales blancos, ni vestiditos a cuadros, ni melenitas lacias, ni medias de algodón, ni caritas lustrosas. ¿Dónde... dónde estaban sus hermanitas de juego?

Quedó solo. Miró en derredor y por suerte sus ojos descubrieron algo nuevo: una morocha de rostro pica-rón, que marchaba en puntillas, como temiendo despertar a alguno.

De traje amarillo muy corto y sandalias blancas donde asomaban unos deditos inquietos, lucía unas piernas delgadas de rodillas muy morenas.

Pipo sonrió; su corazoncito dejó oír su tic-tac, tic-tac, mucho más presuroso que otras veces, y sus oídos encantados oyeron la suave voz de la niña, quien al verlo se detuvo, exclamando:

—¡Qué susto! ¿Me llevas? Soy Canarito y así me llaman porque canto al despertarme. ¿No me conoces? Soy la hija del portero; y tú... ¿por qué te has quedado solito?

—¡Yo?... no sabría el porqué. Soy amigo de Pocho, soy hijo de don Juan, el albañil del barrio y... y... y lo cierto es que recién encuentro lo que buscaba.

Ambos se encogieron de hombros, deteniendo la risa al posar los deditos sobre los labios apretados.

—Vamos —susurró Canarito, guiñando un ojo—. Vamos de la mano antes que terminen las yemas. ¡Qué ricas! ¡Qué deliciosas! ¡Cuánto tiempo sin comerlas!

Llegaron al punto donde todo era dulce, desde la mirada de María Albertina, hasta la más pequeñita de las guindas que adornaban la mesa. Pipo se acostumbró bien pronto a la colección de caras risueñas y se entretuvo en servir a Canarito.

En eso estaban cuando apareció el Coronel: bueno, alegre y juguetón como los invitados a la fiesta. De pie, desde la cabecera de la mesa, se dirigió hacia los pequeñuelos, diciéndoles:

—¿Quién es el que sabe una adivinanza?

—¡Yo, Coronel! —exclamó Pocho.

—Muy bien; así me gustan los caballeritos, que saben animar una fiesta. Vamos a ver qué tal se portan. A la una, a las dos y a las tres... Dila, pues.

—Escuchen:

Negra, azul o verdosa
Nos molesta la golosa,
No es pájaro, ni es mariposa,
Y, sin embargo, se posa.

—¡Yo!... ¡yo! ¡Ya lo sé!... ¡La mosca!! —exclamó una de las chiquitas.

—Muy bien —respondió Pocho, entre los aplausos y vivas de la concurrencia.

—Voy a decir una muy difícil y que le gusta mu-

cho a mi papá —dijo María Albertina, entusiasmada—. ¡Silencio!

Si juega a las escondidas, se cubre de un manto gris. Se asoma, brilla y se pierde, para volver a brillar.

—Nunca la podremos adivinar —respondió Canarito—. De manera, pues... que... nos damos por vencidas.

—¿Por vencidas? —agregó la del cumpleaños, mirando en derredor, y al ver que nadie le contestaba, dijo:— ¡El sol!

—¡Es cierto! Casi, casi la adivino —añadió Pocho.

—Yo sé una tan fácil, que me da vergüenza decir-la —susurró Pipo al oído de Canarito.

—¡Coronel, Coronel, mi compañero sabe una! —exclamó de inmediato la pizpireta.

Pipo se puso de pie y más rojo que una estrella federal fué balbuceando:

—¿Qué será, si será o no será, que tiene patas y no corre; tiene brazos y no es hombre?

—Bien, me gusta muchísimo —respondió el Coronel—. ¡Pronto, amigos, que se hace tarde!

—¡El sillón! —se oyó que decía María Albertina, terminando por agregar:— El sillón de abuelita tiene brazos y no es hombre: es un sillón.

Entre risas y cuchicheos, el dueño de casa impuso silencio al levantar un paquete con un gran moño celeste.

—Esto será para el que responda a mi adivinanza:

Corren, vienen y van; se juntan, se vuelven a separar y, así deshaciéndose van, para volverse a formar.

Los niños quedaron pensativos sin acertar a decir una palabra, hasta que Pocho se atrevió a replicar al dueño de casa:

—Diganos algo, alguna cosita, ayúdenos.

—Pues bien:

Son blancas o son grises, cuando no se tiñen de rosa.

Pipo acercó la boca al oído de Canarito y muy bajito le dijo:

—¡Las nubes! ¡Repítelo!

—Las nubes, las nubes son las que corren —exclamó Canarito, saltando del asiento.

—Muy bien. Mereces el primer premio.

La niña echó una mirada de reojo a su compañero y titubeó un momento antes de correr a recibir el paquetito que con gran contento le ofrecía el Coronel. Volvió a su asiento y con dedos inquietos desató el cordón brillante que lo sujetaba, levantando un hermoso libro de cuentos con cubierta azul donde podían leerse en letras plateadas: “Ante todo la verdad”.

—¡Qué precioso! —exclamó emocionada.

Todos la miraban con curiosidad, mientras Pipo sentíase más contento que la misma agraciada, al pensar que a él le debía tanta felicidad.

—Ahora, escuchen, amiguitos: otra adivinanza, con un premio donado por mi hija María Albertina —manifestó el Coronel.

Con una fila de dientes
No muerde ni ha de comer.
Con esa fila de dientes
Corre alisando, alisando,
Desenredando y desenredando.

—¡El peine! —dijo Pocho, cuando en coro ya muchos repetían lo mismo.

—Me gustan los chicos listos: has ganado el segundo premio.

—¡A ver, a ver! ¿Qué será? Pronto, Pocho, desenvuélvelo —repetían las vocecitas de los más curiosos.

—¡Un retrato! María Albertina, en un lujoso marco de cuero.

Comenzó el desbande de pequeñuelos y así terminó la fiesta en casa del Coronel.

*

* *

Una vez en su modesta habitación, Canarito se preparó cómodamente en una silla de hamaca para admirar las láminas del nuevo libro de cuentos; pero sus ojos no podían apartarse de la cubierta donde leía y releía “Ante todo la verdad”.

Sin ver lo que la rodeaba, recordó la bondadosa carita de Pipo y le pareció volver a oír su voz junto al oído. Canarito fué entristeciéndose hasta que de sus brillantes ojos negros se desprendieron muchas lágrimas.

—La verdad —dijo para sí—. La verdad... la verdad es que este libro no me pertenece. ¿Qué pensará Pipo? Este bonito libro es de Pipo... sí, Pipo... tú lo merecías, tuyo es el premio. ¿Por qué me habré callado al recibirlo? ¿Por qué?... —concluyó así, con voz apagada, sin abrir el libro que ya se desprendía de sus manos.

Al día siguiente, Pocho faltó a clase y Pipo prometió al maestro averiguar la causa de su inasistencia. Por la tarde se encaminó a casa de su compañero y,



Canarito se preparó cómodamente en una silla de hamaca para admirar las láminas del nuevo libro...

naturalmente, le permitieron que jugase con él, pues tan sólo una ligera indisposición lo retenía en cama.

—¡Qué suerte la tuya, Pocho! Has ganado el retrato de María Albertina... ¿No me lo prestarías los domingos para admirarlo? Yo la creía una muñeca y resulta que se mueve y habla como los demás.

—Mira, Pipo, yo te lo regalaría, pero no me parece bien porque es un premio.

—Gracias, Pocho.

—Tengo sueño, Pipo... estoy rendido... pero no te vayas... quiero verte a mi lado cuando abra los ojos... cuida que no hagan ruido... quisiera soñar que soy general.

—Me quedaré, Pocho; duérmete, cierra los ojos, así, así: mírame, pues, así, sueña y sueña: no te muevas.

Pipo se colocó un bonete de papel y, echándose al hombro una escopeta de juguete, comenzó a caminar de un lado a otro como el centinela frente al cuartel. A los pocos minutos se oyeron pasos. La puerta se abrió, y a los ojos de Pipo aparecieron el papá de Pocho, el Coronel Campanillas, María Albertina y Canarito.

Pipo detuvo la marcha y al cuadrarse frente al Coronel Campanillas hizo la venia. Al notar que Pocho dormía, las visitas guardaron silencio, no sin sonreír al observar la seriedad de Pipo. En voz muy bajita, María Albertina preguntó:

—¿Estás de guardia?

Pipo, sin atemorizarse y dueño de su papel, contestó, señalando a Pocho:

—Mientras duerma mi general.

El enfermo, que ya se encontraba bien, entreabrió los ojos en momentos que su papá se acercaba.

—Veo que te han ascendido a general, Pocho.

—¡Hola, papito! ¿A general? Cierto... —agregó, incorporándose entre las almohadas—. Resulta que Pipo está empeñado en seguir la carrera militar para servir a las órdenes del Coronel Campanillas y yo... también quisiera acompañarlo en sus estudios.

—Encantado, hijito.

—Pero, papá... ¡Cuánta gente! Recién me doy cuenta, como que aun no estoy despierto del todo. ¿Cómo estás, María Albertina? Aquella que habla con Pipo, ¿no es Canarito? Por cierto...

—Escucha, Pocho: todos debíamos estar reunidos en casa de Pipo, pero al no saber su domicilio nos hemos venido para acá y... ¡oh, sorpresa! lo hemos encontrado a tu lado —manifestó el Coronel, agregando:— Ahora hablará Canarito.

—¿Yo, Coronel? Me había olvidado. Aquí traigo el libro de cuentos para Pipo. Este premio lo debía recibir él, pues fué él y no yo, quien acertó la adivinanza. No hice más que repetir como una cotorra lo que Pipo me susurró al oído. Anoche no podía dormir y lloré muchísimo acordándome de Pipo. Esta mañana se lo conté a papá y, después de abrazarme, me mandó a casa de María Albertina para que devolviese el libro, repitiéndome: “Ante todo la verdad”.

Pipo miró con ojos espantados a Pocho, hasta que por fin le dijo:

—¿Crees que lo merezco? ¿Lo recibo?

—Sí, Pipo; nunca debes rechazar lo que te ofrece una niña.

—Falta algo —manifestó María Albertina—. Aquí traigo yo también un obsequio para Pipo: es un premio a su generosidad para con Canarito al guardar silencio y no descubrirla cuando ganó el libro.

Pipo dió las gracias, y con los ojos fijos en María Albertina, dijo:

—¿Podría desenvolverlo?

—Por cierto, es para ti.

¡Cuál no sería su sorpresa al encontrar en el paquetito el retrato de María Albertina! Sacudió la cabeza con entusiasmo, concluyendo por estrechar el regalito contra su corazón.

—¿Qué te pasa, Pipo? ¿Tanto te gusta?

—Sí, María Albertina; ya no tendré que pedirselo prestado a Pocho para poderlo admirar los domingos.

En eso, un aroma exquisito, seguido por una bandeja cargada con tazas de rica porcelana, invitó a los niños a gustar un chocolate delicioso. Entre chiste y chiste del Coronel y entre bromas y más bromas sobre la vida militar, así terminaron la tarde los cuatro amigos generosos: Pocho, Pipo, María Albertina y Canarito.

El perro Chucho

LA mimosa Mariviola concluyó por ser la mejor amiga de su perro Chucho, de quien todos huían por temor a un tarascón.

Una tarde de invierno Mariviola guardó cama, porque como todas las nenas de ocho años, se enfermó también. La cama no es un castigo cuando se siente calor en ella y se escucha un cuento de hadas transmitido por radio; y Mariviola tuvo esa suerte. Sólo en su cómoda alcoba, prestaba atención al encanto de una bruja, cuando de pronto sus ojos alarmados fueron abriéndose más y más y, al querer dejar escapar un grito de su garganta dolorida, la voz apagada se perdió en sus labios. ¡Pobre Mariviola! El aparato de radio no funcionaba ya.

Pero las nenas buenas siempre encuentran quien las ayude, y las malas... también; aunque no tan pronto. Junto a su lecho dormitaba el guardián Chucho: levantó el hocico, husmeó algo raro y sus ojos se fijaron en el cordón del aparato de radio que se escondía entre un humo espeso.

—¡Abuela! ¡Abuelita! —exclamó entonces Mariviola. Sin esperar un minuto más, el perro salió de la habitación en busca de auxilio y se encaminó naturalmente al jardín donde se hallaba la abuela de la nena enferma.

Chucho comenzó a aullar en forma lastimera, y al ver que la anciana no le obedecía, recurrió al tarascón, con el que logró rasgar el vestido de la tranquila viejecita. Hecho esto, regresó al dormitorio de la nena.

La abuela se asustó muchísimo como se hubiese asustado cualquiera que no fuese abuela, ante la creencia de que el perro estaba rabioso. Llamó al jardinero y ambos corrieron hacia el lecho de Mariviola a quien encontraron abrazada al pescuezo de Chucho. Este animal está rabioso: acaba de desgarrarme la ropa, te mordeará, escucha, no me mires así... —repetía la abuela.

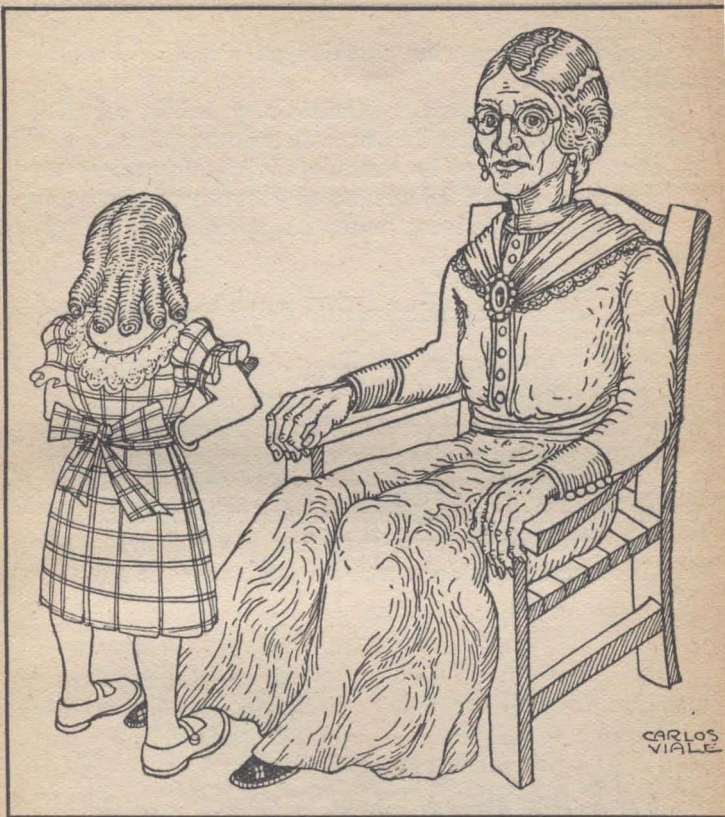
—Cálmese —contestó el jardinero—. No hay peligro. Los perros que así se dejan acariciar no sufren de rabia; por otra parte, Chucho mueve la cola con satisfacción, porque hemos llegado a tranquilizar a su amita y descansa en sus brazos con toda naturalidad. Los perros que así se conducen no pueden estar bajo el ataque de la rabia y... el espanto de Mariviola, no es más que el humo del aparato que ha sufrido seguramente un ligero desperfecto. Voy a retirarlo y dejaré a ustedes tranquilas.

Nieta y abuela juntaron sus cabezas entre sollozos y sonrisas; la una, dorada como el sol radiante, la otra, blanca como la nieve, y así fijaron sus ojos en los de Chucho, que ya se disponía a retirarse para relevar su cargo de celoso centinela. ¿En favor de quién?, de la abuela, sin duda.

—¡Pobre Chucho, cómo nos quiere! Voy a pedirle a papá que le regale el collar más vistoso en el que hará anotar la dirección de casa.

—¿Para qué, Mariviola?

—Para que me lo devuelvan si llegase a caer en manos de otros.



—No se perdará: los perros como Chucho, hallan siempre el lugar donde sus amos residen...

—Bien... podríamos entonces llevarlo a una exposición para que entre aplausos premiaran, no sólo la

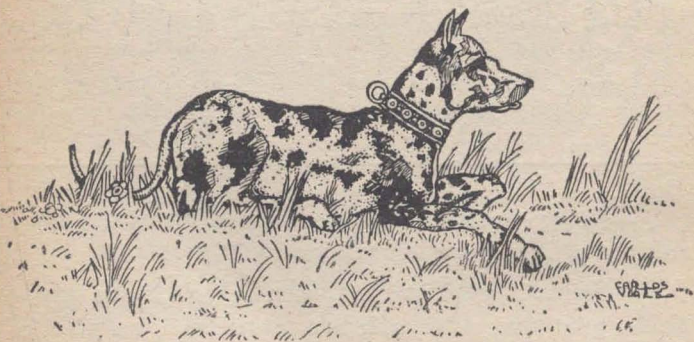
nobleza de su raza, sino también su rasgo de bondad para conmigo.

—Eres muy generosa, Mariviola, y hablas admirablemente. Si fuese posible arrancarle unas palabras a tu perro, te diría que ha conquistado el más valioso de los premios: el premio que no se compra ni con todo el oro del mundo, ni con todos los aplausos de la muchedumbre.

—¿Cuál, abuelita?

—El cariño y agradecimiento de un corazoncito como el tuyo.

Junto a la verja de un parque de la ciudad se detienen los niños que aciertan a pasar por ahí. Las niñas se acercan con temor, deseosas de mirar al perrazo, protegidas por las verjas; los varoncitos azuzan al animal que, tranquilo, permanece echado luciendo un collar de plata donde se alcanza a leer: "A mi Chucho". Pocos conocen su historia, pero hoy por ventura lo sabrán los que han leído u oído lo que acaba de relatar.



El zapatito

—¿QUE busca la nena? ¿Ha perdido algo? —preguntó uno de los jardineros del parque a la señorita que, junto a una linda morochita de seis años escasos, se entretenía en remover con una palita de madera el tupido césped que cubría los alrededores de los frondosos arbustos.

—Busco un zapatito; el zapatito de mi muñeca —respondió Leila, la mimosa hijita de unos porteños pudientes, que paseaba por los floridos jardines del parque acompañada por su institutriz.

—Veamos si está entre la granza —agregó el peón, abriendo surcos con un rastrillo enorme; pero nada, ni la sombra del zapatito.

De regreso, la institutriz no pudo conformar a Leila, aun ofreciendo calzar de nuevo a la infortunada muñeca.

Entre sollozo y sollozo, la nena decía:

—Yo quiero mi zapatito... el mismo zapatito. ¿Se lo comerán las hormigas? ¿Pasará la noche entre el pasto? ¿Lo picotearán los pajaritos? ¿Lo encontraremos?

—Pero, Leila... Leila querida, no te aflijas. Preguntaremos a los guardianes, a los peones, a los vigilantes, a todos... a todos... ya daremos con el zapatito.

—¿Y si lo encuentra una nena? ¿Se lo llevará?

—Muy difícil. El césped lo va a esconder y así lo guardará para ti solita. Por ahora olvídate y enjuga esas lágrimas que enrojecen tus ojos de princesa.

*
* *

Una tarde, vísperas del anhelado día de Reyes, Leila jugaba con sus palitas frente a un banco de los jardines, cuando pronto oyó una voz semejante a la de su abuelito, que así le decía:

—Buenas tardes, nenita. ¿Cómo te llamas?

—Leila, para servir a usted —contestó la niña, incorporándose, para preguntar al punto: —Dígame, jardinero... dígame: al barrer los jardines, no ha visto correr un zapato?

—¿Un zapato? —repitió, sonriendo, el anciano.

—Sí... sí... el zapatito de mi muñeca; pero... ¿por qué sacude la cabeza? ¿Le pican los mosquitos?

—No hay tal... el caso es que yo tuve la suerte de encontrarlo.

—¿Dónde, dónde lo tiene? —exclamó saltando la niña.

—Muy lejos, en la casa de mi nieta, una chiquita de tus mismos años, una miniatura de nena, delicada y hermosa como las plantitas; está enferma y, como las plantitas que se entierran en las macetas, vive sin moverse... ¡siempre en cama! ¡Pobrecita! Al hallar el zapatito tan diminuto, lo guardé contento en uno de mis bolsillos para el pie de la muñeca de trapo que descansa junto a la almohada de mi nena.



—Yo quiero mi zapatito...

—¿Y se lo puso en un pie?... ¿Y el otro está descalzo todavía?

—No, hijita... tú no comprendes. Los pobres tienen casi siempre muñecas contrahechas; la de mi nieta ha mucho que perdió una pierna: se la llevó un perrito de un tarascón, ahora tiene una sola.

—¿Cómo se llama su nena?

—María Celeste —respondió el viejecito, dejando correr dos lágrimas.

—¿Por qué llora? ¿Está muy enferma María Celeste? ¡Qué bonito nombre! María Celeste... María Celeste... —repetía Leila.

—No lloro. Son mis cansados ojos que se humedecen, porque ya no alcanzan a ver como los tuyos.

—Mire, viejito. ¿No ve? Aquí tengo una muñeca que no es de trapo... aquí, sobre el banco. Llévse la a María Celeste, porque a mí me traerán mucho los Reyes Magos.

—No puedo, hijita. ¿Qué dirá tu mamá?

—Recíbala —ordenó la institutriz, agregando:— La mamá estará muy contenta, al saber que Leila se ha desprendido de un juguete para alegrar a una enfermita.

—Muchas, muchas gracias —dijo el anciano—. ¡Qué preciosidad!

Después de colocarla con mucho cuidado sobre el banco, sacó del bolsillo un enorme pañuelo a cuadros blancos y negros y con él envolvió el precioso tesoro que acababan de entregarle.

—Adiós, abuelito, y un beso para María Celeste. Nosotros ya nos vamos a casa... allá... allá... —repitió, señalando a lo lejos un lujoso palacete, en una de las esquinas frente al parque.

Esa noche, después de besar a su nieta, el viejo jardinero colocó la muñeca al pie de su cama, sin que la enfermita se diera cuenta, porque ya el sueño entornaba sus ojos fatigados. Sin hacer ruido alguno, el abuelo, creyéndose ya uno de los Reyes Magos, quitó el zapatito a la muñeca de trapo; y una vez en su habitación, lo encerró en un cucurucho de papel blanco. Empezó entonces la marcha a través de las calles: obscuras unas e iluminadas otras, hasta llegar junto a la verja del palacete de los padres de Leila. Llamó, y un portero de cabeza blanca muy gentilmente le preguntó:

—¿Una limosna a estas horas?

—No, señor. Le ruego coloque esta joya en uno de los zapatos de la niña Leila; se la envían los Reyes Magos. Cuento con su bondad, conozco a la nena y quiero causarle una alegría sin igual.

—Muy bien —agregó el portero, extendiendo unas moneditas.

—Muchas gracias. Las monedas no alcanzan a pagar tanta ventura. Ya tendré una recompensa muy grande al contemplar la carita angelical de mi nieta, cuando despierte y encuentre la muñeca que los Reyes Magos han dejado al pie de su cama por intermedio de la generosa Leila.

Sin saber qué decir, el portero dió las buenas noches y con el cucurucho en mano se dirigió en puntillas al dormitorio de la niña dejándolo caer sobre uno de los zapatos de los tantos que yacían junto a la puerta a la espera de los reyes.

María Celeste despertó el seis de enero oyendo el gorjeo de los pajaritos junto al nido que sostenían las ramas de unas madreselvas en flor. Sus ojitos buscaron

con afán la muñequita de trapo que siempre descansaba a su lado y muy quedito le susurró:

—Hijita: los reyes no nos traerán cosa alguna. Yo no tengo zapatitos porque aun no puedo caminar, ¿y... tú? Si algo te dejan, serán muy poquito porque sólo calzas un pie. Veamos...

María Celeste quedó casi ahogada por el dolor al descubrir que el zapatito había desaparecido. Abrió los ojos con desesperación e incorporándose entre las almohadas su mirada lo buscó ansiosa, pero... nada.

—¿Qué veo? ¿Estoy soñando? ¡Una muñeca —exclamó—. ¡Una muñeca! ¿Serán los reyes? ¡Qué bonita! Ven, ven a mi lado, cierra esos ojos, di: ma... má... pa... pá... ¿Y lo dices? ¡Qué maravilla! Y tú, hijita de mi alma, mírala también —añadió, dirigiéndose a la muñeca de trapo—. No nos separaremos jamás.

En eso entró el abuelito a la habitación, y al notar los ojos brillantes de María Celeste y la mueca de llanto y risa que dibujaban sus labios paliduchos, se acercó a besarla, repitiéndole:

—Sonríe, pimpollito... sonríe y canta, María Celeste. Hoy es tu día, es el día en que las nenas despiertan contentas... Siempre... siempre... debiera haber algo para ellas.

—¡Abuelito!

—Los reyes han llevado el zapatito a su dueña, que lo había perdido entre el césped... el pícaro césped que todo lo esconde; en cambio, te han traído una nena que jugará contigo y a quien le contarás cosas muy bonitas.

—Sí, abuelo... sí... sí... ¿Cómo la llamaremos?

—Leila.

—¿Leila? Leila... Leila... muñequita encantado-



ra, eres buena, eres el hada que me trae alegría. Y... cuando sane... ¡cuántos paseos haremos juntitas!

—Cierto, mi nieta; Leila es el hada que nos traído alegría... alegría, aun postrada en tu cama, en medio del dolor. ¡Qué buena es Leila!

*
* *

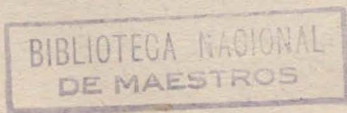
Mientras tanto, la lujosa habitación de la generosa morochita habíase llenado de vistosos regalos; juegos de té, bomboneras, sillitas, carteras y muñecas.

Leila miraba a uno y otro lado, hasta concluir por acercarse a la puerta donde sus ojos traviesos descubrieron el cucurucho de papel.

—¿Qué será? —dijo para sí—. ¡El zapatito! ¡Mi zapatito! ¡Mamá! Los reyes me han traído el zapatito que perdí, pero... ¿dónde está mi muñeca?

Del fondo de un ropero, exclusivo para juguetes abandonados, una mucama sacó a duras penas la muñeca que volvía de nuevo a calzar su zapatito perdido.

Leila la abrazó y entretuvo a todos los de la casa con la aventura del misterioso zapatito, y así acabaron el día de reyes las dos nenas del cuento que fué corriendo de boca en boca y seguirá corriendo hasta que sean viejitas las dos nenas del mismo cuento.



INDICE

	Pág.
PROLOGO, de ROBERTO F. GIUSTI	5
La plantita de helecho	9
La fiesta patria	19
El pinche	27
La rana del sueño	35
La camisa rosa	43
La mancha negra	49
La muñeca	57
Un día de lluvia y de sol	67
La gitana	77
Pepita de Oro	87
La murga	95
Los cuatro amigos	103
El perro Chucho	115
El zapatito	119

ESTE LIBRO
TERMINOSE DE IMPRIMIR
EN LA IMPRENTA ROETZLER,
EN DICIEMBRE DE
MCMXXXVII

2

